

1-1-2014

Elementos de la conducta suicida en la obra literaria los sufrimientos del joven Werther

Luis Fernando Letrado Ayala
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Letrado Ayala, L. F. (2014). Elementos de la conducta suicida en la obra literaria los sufrimientos del joven Werther. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/81

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

ELEMENTOS DE LA CONDUCTA SUICIDA EN LA OBRA LITERARIA
LOS SUFRIMIENTOS DEL JOVEN WERTHER

LUIS FERNANDO LETRADO AYALA

CÓDIGO: 30061205

UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BOGOTÁ
MARZO DE 2014

ELEMENTOS DE LA CONDUCTA SUICIDA EN LA OBRA LITERARIA
LOS SUFRIMIENTOS DEL JOVEN WERTHER

LUIS FERNANDO LETRADO AYALA

CÓDIGO: 30061205

Trabajo de grado

Directora

DRA. LIDA ESPERANZA VILLA CASTAÑO

UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BOGOTÁ

MARZO DE 2014

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	5
CAPÍTULO 1. INDIVIDUALISMO Y HEROISMO EN WERTHER	14
1.1. Individualismo romántico en Werther	14
1.2. Particularidades de Werther como héroe romántico	22
CAPÍTULO 2. WERTHER Y SUICIDIO	31
2.1. Suicidio en el Romanticismo	31
2.2. Werther y su encuentro final	32
CAPÍTULO 3. AUTONOMÍA Y PLENITUD EN WERTHER	42
3.1. Werther en sociedad	42
3.2. Werther, individuo y totalidad	48
3.2.1. Ideas en torno a Fichte	48
3.2.2. Exaltación de Werther	51
Conclusión	58
Bibliografía	63

El hombre es hombre,
y el poco entendimiento que
uno pueda tener no entra en
cuenta cuando arde la pasión
y le oprimen a uno los límites
del ser humano.

(Goethe, 1994, p. 49)

Introducción

El romanticismo se caracterizó por ser un movimiento artístico originado en Alemania a finales del siglo XVIII como una reacción en contra de la razón, la ilustración y el clasicismo, donde el sentimiento imperó en todos los estadios del ser humano, convirtiéndose así en un movimiento revolucionario en búsqueda de la libertad, rechazando las normas establecidas con el objeto de desplazar la razón. Este movimiento manejó su ideología entre sus marcados principios de libertad, individualismo, democracia y nacionalismo. Allí, el pensamiento ilustrado configuró al individuo como un ser autónomo que se relacionaba con la naturaleza de una forma intensa y emotiva. Su esencia se basó en la búsqueda de una identidad bajo manifestaciones de cultura propia, donde el individuo se encontraba en una dimensión de reafirmación de su propio ser a través del conocimiento de los fenómenos de la razón unidos al sentimiento, lo real y lo irreal, donde la naturaleza era el todo y donde el romántico podía crear y transformar, desde su interior, insistiendo en una relación entre individuo y el todo. Pero esta relación generó un conflicto en el romántico, que por su singularidad evidenció una imposibilidad de reafirmación de sus propias manifestaciones ante la sociedad y se aisló, circunstancia que lo privó del goce de la vida ya que el mundo entero le reflejó su propia soledad.

Aquí, La modernidad juega un papel importante en la literatura por la reacción que nace contra la tradición artística y el surgimiento de las vanguardias que producían un fuerte impacto sobre la sociedad, dejando una tarea muy crítica al escritor que tendrá que reconocer una tendencia interpretativa y provocadora de estas nuevas formas de expresión. La modernidad se fundaba bajo bases que delimitarían el horizonte de un nuevo arte, lo cual le dio legitimidad y autenticidad, es así como podemos encontrar en estas expresiones la estimulación de los sentidos que unificaba una expresión universal en cada hombre que se prestaba a apreciar la obra de arte moderna, la sensibilidad del artista tocaba fibras muy profundas en el

espectador, se sometía a ciertas reglas para que su obra fuera arte, proponía al mundo preceptivo impresiones que le hacían sentir lo humano y que le hacían escudriñar sensaciones que se podían entender por su mismidad humana.

Ahora bien, uno de los máximos exponentes del romanticismo alemán fue Johann Wolfgang Goethe (1749-1832), que en su juventud se enmarcó como una figura reaccionaria contra el orden existente en la Alemania del siglo XVIII con una filosofía expresionista del sentimiento fundamental del Yo, en la que la fuerza interior del individuo le hace luchar contra el orden armónico de las instituciones establecidas de la época. Goethe tuvo una concepción de totalidad frente a la naturaleza, y su posición panteísta lo lleva a marcar sus obras de una influencia espiritual y naturalista. *Los sufrimientos del joven Werther*, una de sus más importantes obras, abarca un mundo social y ético, enmarcado en una historia de amor, en el que se ve representada la realidad social y cultural de la Alemania romántica, como una conciencia propia del hombre.

Los sufrimientos del joven Werther, será el eje transversal del presente trabajo, obra que eleva la historia de la literatura alemana y universal, marcando una nueva dirección ideológica en el campo de la filosofía y la literatura de la ilustración alemana. El Werther se ubica entre la literatura, la sociología y el *Sturm und Drang*¹, como una tendencia reaccionaria muy presente en el romanticismo que sublevó el sentimiento, el ánimo y el instinto vital en contra del entendimiento y el intelecto de la ilustración, que manifestaba algún desprecio hacia la vida

¹ Término alemán que significa “Tempestad e ímpetu”, que determinó el movimiento cultural romántico, cuyas posturas se definen en:

- a) Se redescubre y se exalta la naturaleza como fuerza omnipotente y creadora de vida.
- b) El genio, como fuerza originaria, está ligado íntimamente con la naturaleza; crea de una forma análoga a la naturaleza, y por lo tanto no recibe desde fuera sus reglas, sino que es la regla él mismo.
- c) A la concepción deísta de la Divinidad como Intelecto o Razón suprema, característica de la ilustración, empieza a contraponerse el panteísmo, mientras que la religión asume nuevas formas que se manifiestan en sus versiones extremas a través del espíritu titánico paganizante del Prometeo de Goethe, o en el heroísmo cristiano del santo y del mártir propio de ciertos personajes de Michael Reinhold Lenz (1751-1792).
- d) El sentimiento patriótico se expresa mediante el odio al tirano, la exaltación de la libertad y el deseo de infringir las convenciones y las leyes externas.
- e) Son muy apreciados los sentimientos fuertes y las pasiones arrebatadas e impetuosas, así como los caracteres rotundos. (Reale, 1984, p. 30)

afectiva de los hombres; esto provocó una transformación histórico-social en la que lucha el individuo nuevo contra el individuo viejo y su sociedad, significando así el contrapeso del movimiento ilustrado europeo.

Los sufrimientos del joven Werther aborda el suicidio de un hombre joven, donde su relato ficcionario dio lugar alrededor de 1774 a una serie de suicidios reales, fenómeno de suicidio por imitación que fue llamado el “efecto Werther”, del cual nos dice Richard Friedenthal en la siguiente cita:

Se desató una epidemia de Werther: hubo una fiebre Werther, una moda Werther –jóvenes de levita azul y chaleco amarillo-, caricaturas Werther y suicidios Werther. El recuerdo del personaje se conmemoraba solemnemente junto a la tumba del joven Jerusalén, su original, mientras los clérigos disparaban sermones contra el libro oprobioso. Y todo esto se prolongó no años sino décadas; y no sólo en Alemania sino también en Inglaterra, Francia, Holanda y Escandinavia. El mismo Goethe observó con orgullo que hasta los chinos habían pintado a Werther y Carlota en porcelanas; su mayor triunfo fue que, cuando se encontraron, Napoleón le dijera que había leído el libro siete veces. (1965, P. 128)

Con esta obra, se originó en Europa una nueva perspectiva para el suicidio, el cual pasó de ser un acto en contra de la moral, para ser una acción valerosa, justificada en la genialidad dramática del sujeto, que de una forma romántica plasmaba de intensidad su vida y muerte. Werther no solamente era un personaje de ficción, sino que llegó a ser todo un modelo de vida a seguir, e impuso entre los jóvenes de la época, la idea positiva del suicidio deseable.

Aunque *el Werther* pueda verse como una novela de amor trágica, tal vez una de las más importantes de la historia de la literatura universal, no se debe perder el rastro de todas las cuestiones que trata. Vemos así cómo se problematiza la personalidad del individuo, la tragedia que conlleva la exploración de las pasiones, la expresión poética sublimada, las tendencias populares y los conflictos sociales, entre otros, donde el individuo idealiza la libertad absoluta para explorarse a sí mismo y al mundo que le rodea, queriendo establecer así una comunicación entre el uno con el todo en búsqueda del infinito y la verdad, sin creer en ninguna moral definida, sino en una intuición interior esencial de lo divino y lo místico, lo que le genera una crisis de conciencia de vida superior, porque

pertenece al todo que le otorga una responsabilidad moral universal; dios existe dentro del mundo y el hombre, no fuera de estos. Esta noción incrementa su espíritu individualista que se intensifica en la libertad y en la supresión de la influencia externa, lo que implica una reivindicación de la identidad propia, describiendo desde la intimidad, sensaciones universales, donde el universo se refleja en el individuo que crea y transforma la realidad, desde el deseo consecuente de una introspección subjetiva. Las manifestaciones en el hombre aparecen en la liberación de su individualismo frente a la sociedad, géneros, religiones, estados, políticas, tiranías y otras instituciones subyugantes, generando el desarrollo de su personalidad entre los hombres, se libera, pero tiene que cargar con el peso de la soledad ya que renuncia al orden, la obediencia y la seguridad, lo que le causa un doloroso desarraigo de la sociedad, poniéndolo en una situación consigo mismo de pesimismo, angustia, melancolía e insatisfacción llamado el “mal del siglo”.

A partir de este marco, el presente trabajo pretende hallar, a través de un rastreo del individualismo y la imposibilidad de la realización humana desde la obra literaria *Los sufrimientos del Joven Werther* de J. Wolfgang Goethe, la explicación y justificación de la conducta suicida del personaje principal, para así brindar una descripción de la naturaleza y características de éste, desde el discurso del romanticismo y así ubicar a Werther antes y durante el acontecimiento planteado, justificar sus acciones y permitir al lector la posibilidad de ver el fenómeno desde la perspectiva del suicida.

El análisis de la pérdida de la vida en forma voluntaria no es asunto fácil de investigar, ya que su subjetividad despierta aplausos y censuras en la sociedad, por esto es de vital importancia identificar las circunstancias, causas y efectos del fenómeno en nuestro protagonista, realizando un rastreo acerca de la conducta humana, tomando como base la obra literaria *los sufrimientos del joven Werther*, y brindar argumentos que demuestren la imposibilidad de su realización. No pretende prevenir o evitar el fenómeno ni ser una apología a este, su entera disposición estará en describir a nuestro protagonista antes y durante el

acontecimiento planteado, justificar sus acciones y permitir al lector la posibilidad de no censurar o celebrar el acto cometido por el suicidante. La investigación tiene como utilidad, suprimir y atacar las falsas perspectivas que se tienen como superstición hacia la muerte voluntaria, y en este caso en particular, la muerte del joven Werther, estructurando en su recorrido los argumentos para demostrar el suicidio como fenómeno constatable y digno del estudio filosófico.

Adicionalmente, en este trabajo, el lector podrá hallar las características románticas, que hacen de Werther alguien que busca incesantemente su individualismo, y para esto nos basaremos en mostrar al hombre como una unidad entre su subjetividad y su entorno natural; un hombre que no desea dominar la naturaleza, que rechaza el positivismo y se compenetra con ella de una manera mágica, en medio de una nueva sensibilidad que ubicaba al hombre en el centro del mundo, y lo rebela contra las reglas y normas de la época reivindicando el Yo interior; un Yo interior que no es más que la individualización del sujeto que ya no quiere explicar el mundo que le es externo, sino que al contrario, buscaba configurar sus sentimientos más íntimos, y expresarlos en el singular de la primera persona que es, en un proceso subjetivo que va en búsqueda de la exaltación de la pasión.

Este proceso lleva al individuo a tornarse desesperado y trágico, un hombre en búsqueda de una instancia mítica, con un deseado entusiasmo de hallar su propia individualización en un camino que solo lo lleva a la soledad, pero que lo configurará como único, particularidad que le hace elevarse al nivel de héroe; un hombre cuyo propósito es encontrar su libertad, rebelándose contra la sociedad y surgiendo como un hombre que reclama como absolutos, sus propias convicciones e ideales.

Pero este heroísmo, no es una reivindicación del héroe homérico donde la vida representa un motivo para gozar del placer y morir con gloria, donde la muerte es motivo de alegría y nobleza en una experiencia totalmente distinta a la elaborada por las religiones y alejada de las filosofías platónicas, del racionalismo, del empirismo y a las lecciones de Kant o Hegel. Al contrario, Werther se configura en

el pesimismo y se encuentra atado a un sentimiento de fugacidad que le produce angustia y miedo, huye al enfrentamiento del dolor, busca apartarse de la desesperación que le produce la vida utilizando como arma de batalla una gran voluntad en la que percibe su propia condición trágica. Esto lo lleva a la soledad extrema que reconoce dolorosa, pero que aun así, goza contemplando en sí mismo la fuerza que emplee para su lucha en una confrontación entre su voluntad y su destino inescrutable, generando tensión entre su carácter inquebrantable y los avatares incontrolables de la vida.

Posteriormente se ubicará el problema del suicidio, sus variables y su entorno romántico, donde el suicidio se consideró como un fenómeno que pasó a ser un acontecimiento demasiado permisivo, visto como una reacción libertaria del hombre como sujeto libre de tomar sus propias decisiones. En el siglo XVIII, la cultura y las ciencias sociales exploran la sociedad, basándose en argumentos racionales y naturalistas que se unían con las ideas aristotélicas y las derivadas de San Agustín. En contraposición, en el romanticismo nació una mentalidad ilustrada que defendía el derecho del hombre a decidir el momento de su muerte, y empezaba a posicionarse una ideología que daba legitimidad al suicidio entre fundamentos racionales y demostraciones teóricas. Entre los hombres más destacados que influyeron este pensamiento se encontraban Montesquieu, Voltaire, Rousseau y Hume. Estos ilustrados abren la puerta al suicida potencial, pero no lo animaban a morir por su propia cuenta; este hecho significó la no aprobación con buenos ojos del suicidio, ya que esto significaría el fracaso del proyecto del hombre ilustrado, que de ninguna manera se mostraba como un espíritu pasional, sino que lleno de sobriedad, optimista y progresista.

Para poder contrarrestar el proyecto ilustrado nació el romanticismo, que utilizó el suicidio como una huida al dolor, mostrándose frecuentemente como una combinación entre amor y muerte voluntaria. El hombre romántico pensaba día y noche en el suicidio como un acto supremo y dramático de desprecio al mundo burgués, su vida se confundía con la ficción, soñaba con la muerte mientras buscaba consuelo e inspiración en ella. Aquí podremos hallar los elementos

influyentes en el acto suicidiario de Werther, que sirven de solución al problema de insatisfacción de una vida miserable, del que se puede deducir que es una reacción natural a factores tanto externos, como internos del individuo, donde se van eliminando gradualmente los actos morales, del acontecimiento en sí, para poder hallar sus causas y efectos en el individuo.

Ahora bien, el suicidio es un acto individual en sí mismo, que resulta de la acción humana que está destinada para dar por terminado el tiempo individual en el tiempo social y se presenta como un acto comunicativo en una percepción individual del sujeto que determina la acción. Así pues, tenemos que analizar la relación que existe entre el suicidio de Werther y el contexto en que sucede el acontecimiento en sí. La posición de nuestro protagonista ante el suicidio lo torna hacia la obsesión de algo percibido como injusto, que le genera infortunio y que lo lleva a habitar mundos de fracaso y soledad, culminando en el anhelo de un futuro de liberación personal en el cual pueda aliviar la carga de una vida cotidiana, donde es subjetivo, vivido y finito.

Posterior a esto, veremos por qué Werther decide alejarse de la sociedad y refugiarse en la naturaleza, ya que cuando el contacto social y político disminuye en él, se enmarca de forma insoportable en su vida como individuo, y ve en el suicidio la ocasión de terminar con su tiempo, ya que se considera como alguien que no merece seguir viviendo en semejantes condiciones que envuelven su tormentosa vida, se individualiza y se encuentra solo sin querer enfrentarse a esta una nueva situación porque ve destruido su propio mundo en una circunstancia extraordinaria.

En este punto es de vital importancia para las pretensiones del trabajo hablar de Jean Améry quien en su libro *Levantar la Mano Sobre Uno Mismo*, nos habla que el suicidio y su estudio científico apenas se queda en categorías sin ver la verdadera esencia del acto en sí. Para Améry, los verdaderos atributos de este acto se encuentran en el suicidario y su lógica interna:

El acto del salto definitivo (el suicidio), aunque aparezca lleno de impulsos psicológicos, es inaccesible a un examen de este orden (científico), ya que rompe con la lógica de la vida y por ende de la psicología. (Améry, 1999, P. 29)

Para Améry, el individuo decide acabar con su vida sin un comportamiento preestablecido, que por lo general se asocia a múltiples causas difíciles de entender. Para comprender esto, debemos acercarnos a las personas que escapan de la lógica de la vida buscando su auto-aniquilación, e interpretar qué tienen en común, más allá de su desarrollo causal y su trágico fin. Améry considera importante comprender tanto el suicidio de alguien que ya haya vivido una larga, rica y experimentada vida, y a quien solo le espera una muerte dolorosa y la soledad que le conlleva una penosa enfermedad, como el de alguien al que su futuro está bloqueado y lo prefiere convertir en un no-futuro, como es el caso de nuestro héroe, un hombre que se acerca a la muerte voluntaria producida por un desengaño amoroso.

Para ir más allá de los juicios científicos, se debe hablar de una condición en especial, la absoluta singularidad de la situación de cada uno de los suicidas, una situación incomunicable que no se revela ante nadie. Este enigma de la vida lo llama Améry como el *momento previo al salto*, donde el sujeto deja atrás las motivaciones psicológicas y anímicas, de causa y efecto, que llevan a la muerte voluntaria dando como resultado una igualdad irracional entre todos los suicidas. Todo lo que hay que saber referente a la muerte voluntaria está adentro del suicida o el suicidario, que en una situación previa al salto, que puede durar un solo momento o largas horas, elimina toda categoría científica y configura una misma figura heroica o lastimosa en todos los casos, un ambiente de tortura y demencia en un camino correcto hacia la muerte voluntaria. Todo este camino entre individualismo y heroísmo atravesado por la marcada condición romántica del sujeto, que encuentra únicamente en el suicidio su liberación, brindará un único punto de llegada: la autonomía y plenitud de Werther.

Es aquí donde encontraremos que las motivaciones y técnicas de la obra de Goethe, atraviesan por tal nivel romántico, que lleva a la obra a una reducción social en la que solo puede escapar el protagonista a través de la autodestrucción. Werther es un hombre romántico que se revela entre un enfrentamiento político, social y humano; lo que da paso a las confesiones amorosas y críticas sociales en un argumento sencillo y sentimental, pero con una complejidad narrativa evidente que va más allá de la correspondencia emisor-receptor, ya que existen elementos que expresan la visión del mundo, bajo una nueva percepción de naturaleza y espiritualidad, una filosofía que J. G. Fichte fundamentó en un transformar el “yo pienso” kantiano en un “yo” puro, que crea su propia realidad y que revela su esencia en la libertad; un “yo” del que se alimenta el romanticismo para la reafirmación del individuo por sí mismo, garantizando la unidad entre lo sensible y lo inteligible como un principio superior al escepticismo, que une las características de lo finito con lo infinito, una de las particularidades que atraviesa a Werther como hombre romántico y la defensa de su individualismo.

Esta característica reemplaza la perspectiva del hombre que hasta entonces era explicado bajo unas estructuras que daban sentido a su vida, el pensamiento clásico y sus condiciones sociopolíticas, donde la acción del hombre se basaba en obtener la felicidad a través del contexto de ciudadanía, es decir, el ser político; y de la religión que jugaba un papel fundamental en la concepción de este hombre clasicista, que descubre los valores cristianos que imponen un contexto familiar y la conversión personal en una comunión de creyentes; todo esto para mostrar los factores que llevan a Werther a cumplir en sí mismo y con autonomía, el suicidio.

CAPÍTULO 1

INDIVIDUALISMO Y HEROISMO EN WERTHER

1.1. Individualismo Romántico en Werther

El individualismo romántico se ve reflejado en el protagonista de *los sufrimientos del joven Werther*, la novela epistolar de Johann Wolfgang von Goethe, cuyo argumento se basa en la trágica historia de enamoramiento no correspondido de Werther en Carlota y su trágico final. Aquí el protagonista de la obra goetheana, Werther, se muestra como un individuo romántico que se marca en distintos matices dependiendo sus problemáticas específicas: “como *leitmotiv* del Werther nos encontramos el ideal del humanismo burgués revolucionario, que no es otro que la posibilidad del despliegue libre, total, omnilateral de la personalidad humana” (Bodas, 2008, p. 84). Se siente incómodo con las estructuras sociales, cree en la construcción de un mundo mejor porque se decepciona del racionalismo y la frialdad de la ilustración que le interrumpe su plenitud y felicidad, y es así como lo vemos en la siguiente reflexión que realiza acerca de la sociedad:

Lo que más me irrita son las inevitables relaciones sociales. Verdad es que yo sé como cualquier otro que es necesaria la distinción de las clases, y cuantas ventajas me procura: pero no debería meterse por mi camino precisamente cuando podría gustar un poco de alegría, un fulgor en este mundo. (Goethe, 1994, p. 63)

¿Qué muestra entonces nuestro personaje con la anterior sentencia? Un hombre que quiere vivir en las pasiones, en los sentimientos y en la voluntad en medio de la idealización heroica de su ser, privilegiando el sentimiento sobre la razón; en este punto podemos recordar lo que Gabennesch dijo acerca del bienestar personal subjetivo y su relación con las expectativas, deseos, aspiraciones y esperanzas: “El punto crítico es que un humor disfórico es el resultado de la discrepancia negativa entre lo que uno siente y lo que uno espera sentir” (1998, P. 138).

Werther es un hombre que siente una gran devoción por lo sublime, encarna su soledad fundiéndose con el todo, es un joven que no puede realizar su amor, entonces lo exalta melancólicamente:

“El romántico ama el amor por el amor mismo y este le precipita a la muerte y le hace desear, descubriendo en ella un principio de vida, y la posibilidad de convertir la muerte en vida: la muerte de amor es vida, y la vida sin amor es muerte. En el amor se encarna toda la rebeldía romántica. (Martino, 2009, p. 7)

Con esto podemos entrever que la actitud del hombre romántico se ve reflejada en su pretensión de búsqueda del amor, en búsqueda de la totalidad; sin embargo, para poder hallar esta totalidad, se debe transitar un camino de finitud, dónde se hace presente la consciencia del Yo en el que todo existe y donde no es concebible la existencia algo fuera de él. El romántico es una aspiración a la infinitud, que se puede explicar en la siguiente cita:

La infinitud romántica es subjetiva por los cuatro costados: una infinitud que se construye a medida que uno se va sumergiendo en ella. O por lo menos, de la que se tiene impresión que estaría al alcance de la mano construirla. No hay nada en absoluto que una imaginación liberada de sus cadenas no pudiese llegar a realizar, piensa el espíritu romántico de la época. (Safranski, 1991, P. 95)

Pero esta infinitud hace que el individuo transite en medio de una consciencia dolorosa y trágica en la que constantemente entran en contradicción la individualidad y lo absoluto, entonces el ser se va desarrollando dependiendo de sus actitudes hacia la naturaleza, hacia la sociedad y hacia la vida, que varían según el momento y lugar donde se desenvuelve.

Werther se rebela, “esta revolución que se supone pretende llevar a cabo el sujeto tipo Werther está necesariamente abocada al fracaso” (Bodas, 2008, p. 85), contra la razón explicativa de la realidad humana, que desde los antiguos griegos se entiende sin necesidad de lo sobrenatural y mítico, esto quiere decir, que se explica la realidad por la razón. Werther vive en una sociedad que define al hombre como un ser racional que se posiciona por encima de otros seres,

despreciando la pasión y los sentimientos, considerándolos como una expresión de animalidad. Entonces se va configurando una nueva forma de pensar al hombre radicalmente distinta a la razón, se posiciona al sentimiento en un primer lugar, rechazando la tradición cultural de occidente que hasta entonces despreciaba el dolor y el sufrimiento en una obsesión por alcanzar los ideales de verdad y pureza, una influencia grecolatina que es remplazada por la tradición germánica del arte bárbaro, gótico, que describe bosques, fuentes, ruinas, genios y dioses de las mitologías nórdicas, es Werther el que se detiene a examinar su entorno y a exaltarlo. Detengámonos entonces en la siguiente cita:

Cuando yo extendía antes mi mirada desde las rocas, sobre el río, hasta aquellas colinas, por encima del fértil valle; cuando veía aquellas montañas, revestidas de espesos y altos árboles desde los pies a la cabeza, y veía todo a mi alrededor manando y germinando, aquellos valles con sus variadas sinuosidades, a la sombra de los más hermosos bosques, mientras el suave arroyo se deslizaba entre las cañas susurrantes y reflejaba las luminosas nubes que mecía en el cielo el dulce viento de la tarde... (Goethe, 1994, p. 50)

Es aquí donde vemos a Werther sumergirse en una nueva cosmovisión, rechazando la visión occidental que siempre ha tenido como fin supremo y como centro gravitacional la verdad y la búsqueda que de esta se debe dar a través del perfeccionamiento racional del hombre; Werther ubica en el centro del universo la belleza, teniendo en cuenta como engranaje la pasión y el sentimiento, rechazando lo académico, los cánones éticos, estéticos y lógicos. Desde allí proclama el culto a la belleza, donde el poeta adquiere un carácter casi divino, que eleva y trasciende al hombre a través del amor y el sentimiento, defendiendo lo pintoresco, asimétrico y espontáneo.

Mientras rechaza a esa naturaleza humana en la que las particularidades del universo no son previsibles a un común destino de los hombres, Werther comenta con gran decepción: “habría que enloquecer, Guillermo, al ver que hay hombres sin sentido ni sensibilidad para lo poco que todavía tiene valor en la tierra” (Goethe, 1994, p. 81). Y es aquí donde vemos una defensa a la particularidad de la experiencia humana a través del sentimiento como principio de individualización para emprender una aventura de carácter trágica, amorosa y solitaria. Entonces, la

configuración del personaje goethiano se da por el rechazo de la razón como principio explicativo del universo y contrapone una concepción de sentimiento, belleza y espontaneidad para reafirmar la individualidad del hombre.

Werther siente la necesidad de afirmar su individualismo desarrollando una problemática ética que contrapone la pasión humana y la legalidad social, característica propia del individuo romántico que evidencia sus distintas convicciones; por ejemplo, vemos cómo Werther se manifiesta como un hombre que huye de su realidad y de su sociedad, es decir, se constituye como una constante manifestación de individualismo en huida que se origina del malestar que le produce vivir el presente, expresándose entonces en una fuga hacia el pasado, la utopía, lo inconsciente, lo fantástico, lo lúgubre, lo secreto, la niñez, la naturaleza, el sueño y la locura, situación que lo confronta ante toda esfera social, respecto a esto Flecha nos dice:

“Es innegable que una de las constantes ideológicas del Romanticismo que podría ser tomada, al igual que el individualismo, como categoría fundamental, es el rechazo del presente, una especie de malestar visceral que empuja al romántico a la huida. (2007, p. 15).

En Werther, el rechazo del presente se configura en la huida, así se regocija en su mundo interior donde la contemplación y expresión de sus propios sentimientos le apasiona y le hace ganar un sentido narcisista que le empuja a expresar sus estados de ánimo más íntimos:

Ciertamente, amigo mío, a diario noto qué tontería es medir a los demás por uno mismo. Y como tengo tanto que hacer conmigo mismo, y este corazón está tan tormentoso... ay, de buena gana dejo ir a los demás por su camino, con tal que me dejen ir por el mío. (Goethe, 1994, P. 63)

Podemos ver que Werther no está interesado en seguir el camino de nadie, por lo contrario, se halla en un estado de nomadismo solitario en el que encuentra un protagonismo desbordante. Frente al asombro del mundo pierde el pudor y se deja llevar por sus sentimientos, es un hombre joven y enfermo que sufre la tragedia de un destino caprichoso y distante que lo sumerge en la soledad y resignación; se desenvuelve en un escenario lúgubre donde ha de experimentar la vida, el amor y

la muerte en una unión íntima cuyo desenlace lo llevará al suicidio, como nos diría Safranski acerca de la observación que diera Clemens Von Brentano² sobre el yo, “El que me invita a entrar a mí mismo, me mata, suena como un eco melancólico de la exclamación jubilosa de Werther: *me vuelvo hacia mí mismo y encuentro un mundo*”. (1991, p. 385) Este final trágico se convierte en la huida de un mundo que se le presenta incomprensible e insensible, que le niega el amor correspondido, cobijándose así en la seguridad de la muerte.

Esta huida del mundo lleva a Werther a afirmar su propia vida e individualidad a través del suicidio, ve su propia muerte como una respuesta a sus ideales nobles en contraposición a un mundo indigno, despreciable e indiferente. Huye teniendo siempre de vista la realidad en el trasfondo de las cosas, lo real no se le presenta directamente sino a través de una interpretación apasionada y onírica de lo que le gustaría que existiera. Werther no es testigo de su tiempo y por lo tanto huye a paraísos perdidos donde pueda encontrar al mismo tiempo la vida, el amor y la muerte. Es un fugitivo que huye de la realidad para encontrar su individualidad, es así como lo declara en la siguiente cita:

...luego tengo que marcharme, tengo que salir, y doy largas vueltas por el campo: mi alegría es trepar por una abrupta montaña, abrimme en un camino por un bosque impenetrable, a través de setos que me hacen daño y de espinas que me desgarran. Entonces me siento algo mejor: ¡un poco mejor! Y cuando me tiendo a veces por el camino, fatigado y sediento, y se eleva sobre mí la luna llena, o me siento en el bosque solitario sobre un árbol desmochado, para procurar algún alivio a mis pies llagados, entonces me adormezco en la penumbra de una calma desfallecida. (Goethe, 1994, p. 54)

En los espacios en que Werther se da a la huida aparece una visión afirmativa de su individualismo que se encarna en su propio ser, convirtiéndolo en un hombre único ante un mundo contrario a él y ante una sociedad injusta; aquí es un hombre auténtico, un héroe y un bandido. Su personalidad se alza en una enérgica afirmación de rebeldía contra su entorno social, y al mismo tiempo se resguarda en un código ético elaborado por él mismo, por una individualidad que lo ubica en una naturaleza furiosa donde lucha entre adversidades naturales y hostiles,

² Personaje influyente en el círculo romántico de Jena.

aflorando su sensibilidad y compromiso romántico que no se logra configurar como un movimiento evidente y que alcanza un rasgo utópico en el que se distingue estéticamente una posición ante los problemas sociales. Aquí toma forma este ser anónimo que rompe con las normas cortesanas y aristocráticas, apartándose de la iglesia en una expresión libre y laica del individuo, cuyo espíritu burgués busca siempre un futuro ideal, critica el moralismo social de frente a los señalamientos hipócritas de la sociedad:

¡Ay de vosotros, las gentes razonables! –exclamé sonriendo-. ¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Locura! Ahí estáis tan tranquilos, sin comprenderlo, los hombres morales. Censuráis al bebedor, os alejáis del insensato, y pasáis adelante, como aquel sacerdote; dando gracias a Dios, como el fariseo, de que no os haya hecho iguales a uno de aquellos. Yo he estado borracho más de una vez; mis pasiones nunca han estado lejos de la locura: y no me arrepiento de ninguna de las dos cosas: pues he podido comprender, dentro de mi medida, como todos los hombres extraordinarios que han hecho algo grande, algo que parecía imposible, tenían que ser tachados siempre de borrachos y locos. Pero también en la vida corriente es insoportable oír a todos, en cuanto empieza a hacerse algo libre, noble, inesperado: ese hombre está borracho, es un loco. ¡Avergonzaos, los cuerdos; avergonzaos, los sabios! (Goethe, 1994, p. 81)

Para apoyar esta idea, Goethe describe en su protagonista al hombre concreto con todas sus complicaciones, problemas y su destino personal. Werther es un personaje diferenciado e íntimo que se manifiesta profundamente en sus propias ideologías y que se reafirma por fuera de las reglas establecidas por la sociedad, porque según él, "...dígase lo que se quiera, todas las reglas destruyen el verdadero sentimiento de la naturaleza y la auténtica expresión." (Goethe, 1994, p. 13). Con esto y según Lukács podemos observar un pensamiento unitario y omnicomprendivo de la personalidad humana, donde el individuo aflora de sí con principios poéticos, una lucha contra los obstáculos tanto internos como externos para su propia realización, es decir, una lucha contra lo establecido y contra las reglas para ir en búsqueda del realismo apasionado.

En términos éticos, en la época de Goethe se refleja la exigencia del cumplimiento de las leyes generales del actuar humano como evolución de una sociedad que se maneja en un sistema unitario con pensadores tan importantes como Kant y

Fichte³. Pero Goethe entiende que esta evolución es un obstáculo para el desarrollo de la personalidad del individuo; así es que su personaje Werther hallará sus pasiones más nobles en la naturaleza y en la idealización, contradiciendo su pasión humana con la evolución social, y lo último que quiere es un sistema racional de principios básicos, ya que si reconoce este sistema de reglas como principio, caerá constantemente en la contradicción, porque sus instintos son egoístas y van en vía contraria a las máximas morales descritas por Kant. De allí que Lukács afirme:

...se trata siempre de contradicciones entre pasiones que no tienen por sí mismas nada asocial o antisocial y leyes que tampoco en sí y por sí mismas pueden recusarse porque sean absurdas o contrarias al despliegue humano (como lo eran las jerarquías estamentales de la sociedad feudal) sino que encarnan simplemente las limitaciones generales de toda la legalidad de la sociedad burguesa. (1968, P. 79)

Aquí, la realización de los ideales humanistas genera una lucha trágica entre esfuerzos y aspiraciones en un sentido humanístico-revolucionario contra la sociedad estamental. Así pues, el Werther es una representación del hombre nuevo que proclama un despertar, tanto interno como externo, del hombre condenado al infortunio en la sociedad. Esta configuración se desenvuelve en dramatismo constante contra la moral estamental de la sociedad y su deformación, esterilidad, grosería y vulgaridad; se erige en contra de la vida rígida y egoísta valorando las verdaderas contraposiciones que devienen del pueblo y su captación de la realidad y elaboración de la vida y sus problemas.

En este punto, podremos referirnos a Werther como un hombre con voz propia ante las instituciones moralistas, que deja en claro su opinión, como lo vemos en la siguiente cita al referirse a la moral:

Es una loca que se dedica a hacerse sabia, mezclándose en las investigaciones sobre los Cánones, y mucho más en esta reforma crítico-moral del Cristianismo que ahora está de moda, y que se encoge de hombros ante las “charlatanerías” de Lavater. (Goethe, 1994, p. 81)

³ En su *Teoría de la ciencia*, que expone por primera vez en Jena, a partir de la afirmación kantiana según la cual el “yo pienso” ha de poder acompañar a todas mis representaciones, deduce el concepto de un yo omnipotente que experimenta el mundo como resistencia inerte o como materia posible de su “acción efectiva”. Fichte se presentó como apóstol del yo vivo. (Safanski, 2006, P. 377)

Según la anterior cita, Werther se convierte entonces en un hombre verdaderamente vivo que representa bajo su individualismo lo nuevo, y da muerte a la rígida actitud burguesa de la que paradójicamente pertenece.

Pero Goethe no solamente nos muestra la crítica a las instituciones predominantes de la época, en contraposición, resalta ciertos elementos culturales que impregnan la obra como las alusiones a la pintura y a Homero, entre otras, que se muestran como la expresión artística viva y productiva de las sociedades, lo que da una orientación a los ideales populares revolucionarios. Con estos elementos, Goethe ataca los vicios de la clase dominante y convierte el Werther en un drama juvenil abiertamente revolucionario, situación que va generar que sus enemigos ataquen las producciones del *sturm und drang*.

Pero la obra goetheana triunfa como un esfuerzo por encontrar la libertad interna y externa del individuo, reflejando una obra artística que va más allá del simple estado de ánimo exacerbado sentimental, sino que, como nos dice Lukács, “ofrece una unificación artística de las grandes tendencias realistas del siglo XVIII” (1968, P. 83).

El individualismo de Werther se desenvuelve entre el nacimiento de su amor por Carlota, en medio de una vida de actividad social productiva, su posterior fracaso y la huida hacia su tragedia final; camino en el que Goethe explora el problema del desarrollo de la personalidad, en contraposición de la sociedad en un contexto sociológico, en el que el amor se halla prohibido por la posición burguesa que Carlota teme perder y la personalidad contrapuesta de Werther que no piensa olvidar sus ideales mediante compromisos ante una realidad falsa para poder pertenecer a la sociedad burguesa. Aquí, Werther configura su individualidad por medio de sus actos gloriosos, en los que se aleja de los compromisos burgueses y decide suicidarse porque no puede abandonar sus ideales humanistas, acto que se torna bello por tratarse de un individualismo humanístico inevitable contra el conflicto social-burgués, una rebeldía anacrónica de contenido vital de la captación profunda de la realidad, como Lukács diría:

Si bien se mira, esa fase Werther de la que tanto se habla no pertenece a la marcha de la cultura universal, sino el camino de la vida de todo individuo que, con innato y libre sentido natural, tiene que aprender a vivir y a adaptarse a las formas constructivas de un mundo anacrónico, la felicidad malograda, la actividad impedida, los deseos insatisfechos no son crímenes de una época determinada, sino debilidades de cada hombre, y mal irían las cosas si cada cual no tuviera, una vez al menos en la vida, una época en la cual el Werther le parezca escrito precisamente para él. (Lukács, 1968, P. 87)

Es así que Goethe nos revela un hombre que busca habitar entre la infinitud que puede hallar en lo natural, volverse uno con la naturaleza y encontrar la eternidad que tanto anhela, para así llegar a obtener una categoría divina que lo convierta en un individuo libre y pleno.

1.2. Particularidades de Werther como Héroe Romántico

La personalidad de Werther se desarrolla en medio de una ética heroica que le brinda identidad. Werther rechaza los valores de la sociedad de su tiempo ya que considera que sus actos no deben ser llevados por el absurdo social, tema que se profundizará en el segundo capítulo, sino que su conciencia adquiere un gran dolor espiritual al verse involucrado con las pasiones y no quiere encontrarse sometido a ese mundo mediocre en que la gente se consuela con la resignación y la miseria. Es una ética heroica que nos define Argullo así:

La ética subjetivista del héroe romántico se alimenta –no formal y melodramáticamente, sino “en propia carne”- de lo que podríamos calificar de “fondo heroico del arte”: un conjunto de normas implícitas de conducta moral que reemergen acompañando a toda poesía y a todo pensamiento integralmente trágicos –de Homero y Sócrates a Dante, de Ariosto y Tasso a Shakespeare- que mueven a la aceptación noble y desnuda –sin intermediarios- del principio de competición que enfrenta a hombre y destino. (1999, P. 270)

Luchar contra el destino se convierte entonces en la máxima constante para la vida de Werther, él quiere alejarse de una vida que le lleva a la resignación,

conservando su dignidad y grandeza humana, incluso en la muerte. Es así como vemos, en uno de sus diálogos, su postura ante la rendición y a la vez su justificación a la huida, al suicidio:

...no tiene salida, ni consuelo, ni esperanza, pues la ha abandonado el único en quien ella sentía su existencia, no ve el ancho mundo que tiene delante, no ve a los muchos que podrían remplazar esa pérdida: se siente sola, abandonada por todo el mundo; y, ciega, oprimida en la estrechez de la angustia espantosa de su corazón, se precipita para ahogar todos sus tormentos en una muerte que la rodee en torno (...) ésa es la historia de tantos hombres (...) la naturaleza no encuentra una salida en el laberinto de las fuerzas enredadas y contradictorias, y el hombre tiene que morir. (Goethe, 1994, p. 48)

Con lo anterior, podemos establecer que el dolor y la soledad generan en Werther un impulso que lo lleva a batallar contra la angustia que produce perder la motivación de vivir, entonces logra ir en búsqueda de la energía y el gozo de la vida y lo lleva a ser dueño de principios universales para enfrentar al mundo. Es un hombre que a través de sus acciones expresa su ira vital en contra de la incomprensión y mediocridad de la sociedad para hacer crecer su voluntad en un desafío gigantesco; es un enamorado que se encuentra en conflicto entre desengaño y frustración, un sonámbulo que transita espacios oníricos para expandir la limitada realidad. Es un genio demoniaco que habita las tinieblas para hallar el conocimiento máximo; un nómada que viaja incansablemente entre la búsqueda y la huida, y por último, es un suicida, como acto más elevado de voluntad y reafirmación de su propia identidad entre sacrificio y auto aniquilación.

La condición mortal de Werther sirve como punto de partida para que se configure un héroe romántico que dé cuenta de su imposibilidad de ser infinito, entonces auto crea su alma inmortal en un ambiente trágico y doloroso, como un triunfo de su identidad, despreciando la ley mortal con una gran energía auto creadora. Sus clamores de temor por una vida que se extingue se hacen latentes y evidentes en la siguiente declaración:

Vendrá, vendrá el caminante que me conoció en mi belleza, y preguntará:
¿Dónde está el cantor, el noble hijo de Fingal? Su paso cruza sobre mi

tumba, y pregunta en vano por mí, por toda la tierra. ¡Oh, amigo!, querría sacar la espada, como un noble guerrero, liberar de una vez a mi príncipe del tormento cruel de la vida que se extingue lentamente, y enviar mi alma tras el semidiós liberado. (Goethe, 1994, p. 83)

Aquí Werther se convierte en un hombre que posee un sentimiento de superioridad e indiferencia contra la sociedad; superior porque entiende la existencia como una guerra de la que no huye por principio a sus pasiones, lo hace porque se encuentra acorralado psíquica y socialmente, sintiéndose excluido en sus relaciones humanas que van del amor al odio.

Werther se encuentra desencantado de su tiempo, desprecia al hombre conformista y con alma de esclavo, pero su odio es reflejo de su gran voluntad que nace de la soledad y la derrota, odia para el amor, para llegar a una humanidad nueva en la que el hombre se emancipe y deje aflorar sus pasiones de modo imperante, es un misántropo que se deja descubrir por sus opiniones que emite de los hombres de la sociedad, como lo vemos en la siguiente frase:

...un pisotón destroza la penosa edificación de las hormigas y hunde un pequeño mundo en la mísera tumba. ¡Ah! No me conmueven ni las grandes aflicciones más sorprendentes en el mundo, esas inundaciones, que arrastran vuestras aldeas, esos terremotos, que hundan vuestras ciudades: mi corazón queda sepultado por la fuerza devoradora que yace escondida en el conjunto de la Naturaleza, que no ha formado nada, que no ha destruido nada, ni a lo más próximo, ni a sí misma. Y así doy vueltas angustiado. El cielo y la tierra y sus fuerzas creativas me rodean: no veo nada sino una infinitud que devora y rumia eternamente. (Goethe, 1994, P. 52)

Werther cree pertenecer a un mundo superior donde impera el dolor y la sensibilidad, cuestiona los juicios humanos y el vulgo que según él dañan los bellos pensamientos. Es impotente ante el devenir de la historia y la reprobación, elige la soledad como posibilidad de vida, aflora arrogancia y la autoconciencia para sufrir las condiciones más extremas de una existencia arriesgada y

apasionada que va en contra de la mediocridad, la resignación y el utilitarismo, teniendo como último fin la Nada.

Su camino es auto creación, se identifica con el riesgo y la pasión mientras transita entre el placer y la muerte. Este romántico trágico es una combinación de fragilidad y fortaleza que evidencia su imposibilidad en un proceso convergente entre auto creación y auto destrucción, al no conformarse con su condición humana en la dicotomía de despreciar la mediocridad del hombre común y a la vez envidiar su adaptación a la existencia, pero en la que se hace mucho más fuerte su espíritu soñador y visionario en un Yo aventurero que habita en el cielo y en el infierno, convirtiéndose en un ser anormal, superior, marginal y silenciado, que entrega toda su energía en un esfuerzo sobrehumano, a pesar de ser centro de la indiferencia social. La hipersensibilidad que desarrolla Werther lo hace víctima de la indiferencia de los hombres, situación que va acrecentando la ira que engendra sus tribulaciones, entiende que su superioridad y osadía de querer vivir y amar como un Dios, debe ser castigada con dolor y sufrimiento, y por esto declara: "...cómo se reirían y alegrarían ahora con este castigo a mi orgullo y a mi poca estimación de otras personas, lo cual me lo reprochan hace ya tiempo" (Goethe, 1994, p. 71).

Werther es el enamorado que se desenvuelve entre la belleza y el amor para poder hallar la infinitud que tanto anhela. Utiliza la pasión como herramienta para poder lograr la afirmación de su identidad, percibiendo la posesión y desposesión del amor en la ambivalencia entre vida-muerte, belleza-muerte, amor-muerte, placer-dolor y creación-destrucción.

La pasión legitima el ser de Werther en medio de la nada y exalta la instantánea y fugaz plenitud de su pasión amorosa, la cual contempla el placer y la sensualidad. Werther no separa el dolor del placer ya que la felicidad que le brinda el amor es necesaria para la tragedia que experimentará posteriormente en una combinación de ambición por vivir y el deseo de morir; y es por esto que se pregunta:

¿Es temeridad o es percepción de la verdadera realidad? No conozco al hombre a quien temía en el corazón de Carlota. Y sin embargo –cuando habla de su novio, expresándose con tal calor, con tal cariño- me quedo como uno a quien se le quita todo su honor y dignidad, despojándole luego de su puñal. (Goethe, 1994, p. 37)

Y es por esta razón que el amor y la muerte se encuentran enfrentados en una lucha destructora y creadora, es un “altísimo ideal” que representa una reivindicación del dolor a través del placer y que transgrede la moral en una acción destructiva de la belleza que se encuentra en la muerte y que inspira el amor absoluto y eterno mientras lo destruye.

Werther es incapaz de ser feliz, aspira a encontrar en el deseo la saciedad de su alma pero cuanto más se acerca a la infinitud, su vida se vuelve más vacía, entonces ama y odia al mismo tiempo al ser en el que reconoce sus anhelos y sus sueños, a esa belleza esencial que le genera sentimientos de posesión e imposibilidad.

Carlota no es un ser real en concreto, se trata de una concepción del amor especulativo, un deseo, un concepto de insaciabilidad y desmesura que le abstrae en una imposibilidad de posesión que le lleva a querer destruirla o a ser destruido. Esta ambigüedad se traduce en obsesión enfermiza de la búsqueda insatisfecha de calmar la necesidad de conocimiento absoluto de un amor que sobrepasa los límites. El amor se presenta como un juego de afirmación y negación del ser a través del otro. Así pues, Werther, en medio de su insociabilidad, se abstrae para poder encontrar la belleza esencial, pero en esta abstracción reaparece la fuerza auto destructora en el momento en que encuentra el horror de verse desposeído, entonces percibe esa belleza en la muerte, según como lo vemos en la siguiente cita:

Guillermo, ¿Qué es para nuestro corazón el mundo sin amor? ¿Qué es una linterna mágica sin luz? Apenas metes la lamparilla, aparecen las imágenes más abigarradas en la pared blanca. Y aunque no fuera más que esto, como fantasmas efímeros, no deja de hacer nuestra dicha cuando estamos delante en la inocencia de la niñez y nos entusiasmos con esas apariciones mágicas. Hoy no he podido ir a ver a Carlota (...) ¿es un fantasma, si uno nota bienestar? (Goethe, 1994, p. 38)

Werther es el sonámbulo que atraviesa la frontera entre la vida y la muerte, y se ubica entre la realidad y la fantasía, proyectándose en sueños oníricos que se alejan de la racionalidad empirista, de la conciencia en la que no permanece mucho tiempo ya que habita feliz en el sueño que le es fuente de creatividad y le motiva sus actos independientes de su querer potenciando su voluntad. Esta esencia del sueño muestra en el inconsciente de Werther imágenes de placer, transgresión y horror que se reflejan posteriormente en su voluntad. Entonces se libera de la racionalidad y sale en búsqueda de horizontes trascendentales en una ontológica acción onírica de sonambulismo que le niega la vida común. Werther se cree un dios y un niño cuando sueña, adquiere un sentido infinito entre sus limitaciones racionales y morales, es un ser infinito sin ley ni destino que no sabe de la muerte, es espontáneo y confunde el sueño con la realidad en lo más íntimo de su inconsciente. Se convierte en un ser mágico que crea mundos poéticos en un viaje dionisiaco donde el placer y el dolor se extralimitan en acciones heroicas y trágicas, y por esta razón Goethe incluye varias alusiones a la fantasía onírica como la siguiente: “Anhela salir de este tumulto, y muchas horas andamos en nuestra fantasía por escenas campesinas de dicha inmaculada” (Goethe, 1994, p. 65), lo que nos lleva a pensar un Werther que no sabe de límites ni de medida, se confunde con la locura y renuncia a la plenitud de la limitación mortal de la condición humana, es un demente que en medio de la esquizofrenia interactúa entre sueños y realidad, en la que dice sentirse negado y arrinconado, y donde materializa los actos extremos de la vida real que vislumbra entre sueños.

Werther alcanza el nivel más alto de su ser cuando sueña, es un héroe lleno de voluntad excepcional que vive el sueño como la vida propia, elige sumergirse en él para encontrar la riqueza de la lucidez entre las tinieblas como una posibilidad más para encontrarse en el lado oscuro de la naturaleza y luchar entre la ambigüedad, entre la consciencia y la inconsciencia mientras reflexiona, como lo hace en la siguiente cita: “Y ahora ¡Oh sueños! ¡Qué bien pensaban los hombres que atribuían a poderes extraños tan contradictorios efectos!” (Goethe, 1994, p. 101). Aquí podemos ver un hombre que explora en las tinieblas una agonía

romántica de sensualidad, sadismo y fealdad para imponerse al mundo aparente de la masa humana que es hipócrita y se desenvuelve en medio de intrigas, triunfos, crueldad y sordidez, como muchedumbre que le provocan desesperanza, entonces prefiere explorar las tinieblas de la muerte en medio del sueño y relaciona la muerte con el sueño declarando: “¡Morir! ¿Qué quiere decir eso? Mira, soñamos cuando hablamos de la muerte” (Goethe, 1994, p. 117). Aquí Werther empieza un camino de acceso al sueño de una forma voluntaria para llegar a la verdad de la existencia que nutre su voluntad y así forjarse una idea de la vida. Werther es el genio demoníaco que encuentra una posibilidad de realización como dios-niño entre sus sueños oníricos para buscar refugio en la idealización de su heroísmo, que no es más que una respuesta que encuentra para rebelarse contra la sociedad iluminada.

Werther se ubica de nuevo en la autodestrucción al no hallar alternativas de vida, al verse rebosado de impotencia, oscuridad e infinitud. Crece su nihilismo y recurre a manifestar una creciente voluntad temerosa y dionisiaca de auto aniquilación, abandona su poder de creación divina al mismo tiempo que se siente abandonado por el cielo que le ha otorgado un alma superior. Se independiza de Dios y desconfía de la luz divina para habitar ahora en la oscuridad como una aventura demoníaca de lo desconocido para así acceder al conocimiento desde lo misterioso, lo infinito e inabarcable, como bien cita Argullol al referirse al arte y su relación con el demonio:

El elemento demoníaco se encuentra en el más alto grado en la música ya que ésta se halla a tal altura que ningún intelecto puede alcanzarla; emana de la música una fuerza que se adueña de todo y que nadie es capaz de explicar. (Argullol, 1999, P. 297)

Werther ve en lo demoníaco una potencia que inspira su ímpetu de destrucción entre violencias ajenas a lo divino y a lo terrenal, al ver burlados su sacrificio y pureza, no se resigna a la derrota, sino que adopta una posición arrogante de desdén contra su destino y sufre una transformación hacia la indolencia y recibe en sí el mal que vivifica su existencia entre el tormento de la tentación pasional de la vida y la muerte. Así, lo demoníaco brinda a Werther un camino de placeres

prohibidos en medio de la angustia de la desposesión del alma y del rechazo del mundo, se entrega a las pasiones extremas donde ama y destruye, y estas le conllevan un castigo fatal (al no seguir las leyes morales porque sus principios no distinguen entre el Bien y el Mal): horror y desolación, es el nómada que abandona la vida agitada y desesperada que le genera una incertidumbre angustiada; vive en un mundo hostil del que debe mantener una necesidad de viajar constantemente hacia aventuras lejanas y sin término para encontrarse a sí mismo, teniendo como objetivo, el hallazgo de su propia identidad. Es nómada por esencia, tiene una imperiosa necesidad de liberar su espíritu de los límites de la sociedad.

La insatisfacción de Werther, le mueve a caminos misteriosos hacia su interior donde se halla un universo basto y complejo, en el que debe fundirse atravesando su dolor y sufrimiento para hallar su identidad con las propias acciones de su voluntad en medio del riesgo que le implica la realidad. Werther prefiere el riesgo del viaje a una vida resignada y acomodada que considera perdida e inútil de la que no se satisface. Este busca una vida con honor en nuevas causas, navegar en un océano de libertad, no desfallecer ante la turbulencia del viaje ni consumirse en la inactividad que repudia y desprecia, se hastía del sedentarismo y se ve obligado a abandonar cada ciclo de su vida hacia insuficientes e insatisfechas metas que se reflejan en el desasosiego que implica cada punto de llegada. Su nomadismo es pues, una fuga interminable de su impotente realidad, una obsesión por la huida que al final se refleja en la autodestrucción, porque genera en el romántico, la inevitable sensación de insatisfacción al enfrentar su ser con su no-ser.

Werther es un suicida, ya hemos visto como todos los estadios de Werther conducen a la autodestrucción, concepto que nos lleva entre el heroísmo trágico a evidenciar la frustración de su vida y la imposibilidad de su infinitud. Esta certidumbre de finitud entra en choque con su voluntad quien hace evidente su ejercicio de sacrificio como última meta, la muerte es el último proceso en el que el individuo encuentra el placer, la realidad de esta la concibe como un acto supremo de creación de su identidad, de su ser.

Werther no se lamenta de su final, su acción está encaminada a la posesión de sí mismo, de su identidad como héroe. Werther busca la infinitud en el suicidio, se burla de la muerte adquiriendo la eternidad tan esquivada, evita la vejez y la monotonía, fusionándose con la naturaleza, volviendo al universo en una acción premeditada donde se reafirma como ser para encontrar el conocimiento real. Werther realiza una reivindicación del suicidio de una forma rebelde y revolucionaria, llamando la atención al derecho moral de decidir su destino. Defender el suicidio es un acto heroico en defensa del individualismo, porque su vida es ante todo una historia.

CAPÍTULO 2

WERTHER HACIA EL SUICIDIO

2.1. Suicidio en el Romanticismo

Después de la condena agustiniana al suicidio y pasando por el rechazo de los que defienden el orden regido por la ley natural, vemos reacciones como las de Montesquieu, quien opina que con el suicidio no se viola una ley divina o natural, ya que entre los cambios que realiza el ser humano está el de modificar la materia, incluyendo la propia. También argumenta que el hombre es una pequeña parte del universo, el cual no afecta con su muerte las disposiciones de Dios o la existencia del universo:

Quando se haya separado mi alma de mi cuerpo, ¿habrá menos orden o menos armonía en el universo? ¿es de presumir que sea esta combinación menos perfecta y menos dependiente de las leyes generales, que el mundo pierda algo con ella, que sean las obras de Dios menos sublimes, o por mejor decir menos inmensas? ¿Convertido mi cuerpo en una espiga de trigo, en un gusano o en una yerba, será entonces obra menos digna de la naturaleza, y desprendida mi alma de cuanto terrenal en ella había, serpa por eso menos noble? Semejantes ideas (...) no tienen otro principio que nuestra loca vanidad. (Montesquieu, 1986, p. 114)

En el romanticismo se insinuó que los actos divinos no son manifestables en particularidades como el suicidio, además se afirmó que la destrucción de un organismo no es una aniquilación, ya que la materia adopta nuevas formas permaneciendo y existiendo sin presentar algún tipo de transgresión.

La fascinación por la muerte y lo lúgubre se convirtió en un motivo estilizado para el debate intelectual del suicidio, y así el artista empezó a sentirse atraído por este pensamiento romántico y sus cuestiones antropológicas de las impresiones que afirmaban la misma vida y las cuestiones de la libertad individual, la morbosidad, lo tétrico y el individualismo, como factores generadores de muerte. El romántico es un hombre que teme a la muerte, pero se siente atraído por el suicidio, ya que

al darse su propia muerte, aniquila la angustia de morir y se convierte en un agente activo, en un héroe que denuncia el utilitarismo.

La ilustración⁴ defendía el optimismo y el progreso, pero la creciente ola de suicidios en esta época, llevó a pensar que al aumento de estos factores de perfeccionamiento en la civilización aumentaba el fenómeno en sí, una sociedad en camino de la excelencia, iba rumbo a la autodestrucción. Es entonces que el romanticismo encontraba en el suicidio la huida a una civilización que no podía soportar como rechazo al tiempo presente, así los ilustrados se tornaban hacia el futuro mientras los románticos anhelaban el pasado.

El romanticismo se definía en la libertad y veía en esta, la posibilidad de elección del suicidio como una opción más, aunque esta exaltación de la libertad se viera cohibida por instituciones como la religión, los naturalistas, los moralistas, la filosofía materialista y la medicina. Para el romántico, el suicidio era una posibilidad real de encontrar la libertad, y su destino estaba marcado por el determinismo al que estaba sometido.

2.2. Werther y su encuentro final

Cada caso de muerte voluntaria, tiene en común entre sus suicidantes: ellos viven bajo una concepción normativa de lo que significa la vida honorable para cada uno; en el caso que existan circunstancias que no obedezcan estas normas y subyuguen el honor, llevan al sujeto a perder la voluntad de vivir.

⁴ Frente a la ilustración, el siglo XIX ha proyectado hacia la actualidad una imagen del suicida como héroe romántico, y ha hecho de la conjugación del amor y la muerte el más prolífico binomio para la literatura y el arte en general, elevando el suicidio por amor, o por una pasión más poderosa que la propia vida, al podio de símbolo para una época. (Cuevas, 2006, P. 14)

Como ya hemos mencionado anteriormente, Werther es un hombre inclinado al suicidio, acto que le va a reivindicar su esquiva libertad y que le llevará a su anhelada plenitud. Ahora bien, si nos introducimos en la filosofía de Jean Améry encontraremos un momento previo al salto⁵ que se enmarca en nuestro protagonista, como definitivo para comprender ese instante que parece ser eterno y decisivo para cometer el acto en sí; en la siguiente cita vemos cómo el editor, un narrador omnisciente, va configurando dicho momento:

El desconsuelo y el hastío fueron echando raíces cada vez más profundas en el alma de Werther, entrelazándose firmemente hasta invadir poco a poco todo su ánimo. La armonía de su espíritu quedó completamente destruida; un calor interior y una vehemencia que agitaba y traspasaba todas las potencias de su naturaleza, dio lugar a los más encontrados efectos y por fin sólo le dejó un desfallecimiento, contra el cual se irguió para luchar aún más angustiosamente que como había luchado hasta entonces con sus restantes males. La congoja de su corazón consumió las demás fuerzas de su espíritu, su viveza, su grandeza, y se volvió melancólico en su compañía, cada vez más infeliz y cada vez más injusto cuanto más desdichado se sentía. (Goethe, 1994, P. 94)

Aquí, en el momento previo al salto, se nos describe un Werther que se refrena a su temporalidad e historicidad como sujeto, para mostrarse en un solo instante supremo y trágico, ya que cada momento de la vida del ser humano tiene su propósito exclusivo, y teniendo en cuenta que la vida es un proceso de muerte, se puede hablar entonces que el momento previo al salto tiene un grado de autenticidad alto:

¿Así pues, el gran amor la ennobleció? Tonterías. Solamente la colmó por completo, dio a su existencia una densidad que más tarde, junto al buen marido y en medio de una alegre muchedumbre de hijos, apenas le habría sido concedida. En el sentido más extremo, y por ello verdadero, vivió en el momento de saltar. (Améry, 1999, P. 22)

Convivimos con la muerte a medida que envejecemos y esta nos amenaza desde afuera, pero en el caso de la muerte voluntaria, la traemos a nosotros mismos en una ambivalencia entre atraer y huir, atraer la nada y huir a ningún lugar. La

⁵ Término utilizado por Jean Améry para referirse al suicidio.

espera de la muerte es una acción pasiva, mientras que la muerte voluntaria se convierte en un hecho fáctico.

Los juicios de la suicidiología nos hablarían de carencias en los códigos de honor, suicidio balance, situaciones extremas insoportables, tristeza o melancolía y factores desencadenantes que llevan al suicidante a perder la voluntad de vivir. Pero éste encuentra aquellas afirmaciones vacías de significado, como argumentos que solo importan a la ciencia, ya que él se encuentra en una situación singular, la *situation vécue*, que es un velo incomunicable. Esta situación produce en los suicidas o suicidarios una condición de igualdad irracional, su vida se conjuga entre la tortura y la demencia en un mundo de oscuridad desconocido para los que habitan en la luz exterior, donde solamente él aprueba su propia conducta, escapando a la lógica de la vida que ordena vivir a pesar de una miserable existencia. En la siguiente cita encontraremos el momento en que Werther empieza a sentir que su vida ha perdido esperanza y se ha tornado infeliz:

Y este corazón ahora está muerto, y de él no brotan ya entusiasmos; mis ojos están secos, y mis sentidos, que ya no son aliviados por lágrimas vivificadoras, hacen nublarse angustiosamente mi frente. Sufro mucho; pues he perdido lo que era la única delicia de mi vida, la sagrada fuerza vitalizadora con que creaba mundos en torno de mí. (Goethe, 1994, P. 85)

Werther se ha convertido en un hombre que busca la muerte voluntaria y no se doblega ante la imposición angustiosa que ejerce la sociedad sobre él desde un contexto externo; su propósito es distinto, contradictorio y misterioso, y no encuentra la vida como bien supremo, se halla en un punto más allá de la razón: el absurdo, pero no es el absurdo que describen los psicólogos, es el absurdo que resulta de saber que el ser humano puede vivir sin muchas de las cosas que son motivos para la muerte voluntaria, un absurdo de un nivel alto en el plano existencial que renuncia a la lógica de la vida.

El discurso acerca de la muerte voluntaria empieza donde termina el de la psicología, este se maneja entre la oscuridad y avanza en lo innombrable. El

suicidante llega al umbral del momento del salto donde no escucha las verdades vitales de la ciencia y se aparta, es inaccesible a su examen psicológico y rompe con la lógica de la vida, esa misma lógica que a través de enunciados y juicios analíticos describe la vida desde la vida, abarcando la lógica de la sociedad y su comportamiento, siempre excluyendo la muerte. Alberto dice a Werther respecto a una conversación acerca del suicidio: “No me puedo imaginar que nadie sea tan tonto como para pegarse un tiro: solamente de pensarlo siento repugnancia” (Goethe, 1994, P. 45), pero es el sujeto que está en el momento previo al salto el que se ubica entre la lógica de la vida y la lógica de la muerte en una situación ontológica turbia, donde no existe un puente entre el ser y el no ser, y donde la lucidez, los conceptos y expresiones psicológicos no tienen cabida, es una intuición interior en un abismo enigmático que se presenta con un discurso místico y vulnerable que no alcanza la precisión. En la misma conversación, Werther explica a Alberto: “la naturaleza humana –proseguí yo- tiene sus límites: puede soportar alegría, dolor, sufrimiento hasta un cierto grado, y sucumbe en cuanto se sobrepasa” (Goethe, 1994, P. 47), la realidad que no le permite sobrepasar sus propios límites, le niega a Werther la posibilidad de ser lo que puede ser y entonces este se sumerge en el absurdo, la paradoja y la contradicción; se prepara para morir y *se despoja a sí mismo de sí mismo*, así:

En este terreno los límites de mi lenguaje no son ya los límites de mi mundo, antes bien, el cerco que lo limita señala el *off limits* del lenguaje. El ser tiene una sintaxis lógica difícil de entender, ya que lleva en sí su contradicción, el no-ser. Y cuando alguien provoca con violencia este no-ser, es decir, la imposibilidad sintáctica, se convierte en ser humano del sin-sentido. Del sin-sentido no de la locura. Quien da el salto no necesariamente se ha hundido en la locura, ni siquiera está en todos los casos “trastornado” o “perturbado”. (Améry, 1999, P. 39)

La muerte es algo que se puede considerar natural si la vemos desde el punto de vista de un lenguaje cotidiano, y aunque conceptualmente no es muy claro, el lenguaje cotidiano posee la virtud de servir como función comunicativa entre la sociedad en que vivimos; aunque maneje un lenguaje impreciso y ambiguo, parte

de los hechos relevantes de la sociedad, y termina siendo vista entre la penumbra que le otorga la literatura y se aleja del rigor semántico.

La muerte sorprende, despierta pasiones y sensibilidades, pero su concepción termina normalizándose y aceptándose. El hombre que se encuentra en una condición cercana a la muerte, experimenta una sensación que solo él puede concebir y nadie más, se aleja de la objetivación de las explicaciones científicas que surgen de su condición y su vida se convierte en una tortura insoportable, reprime sus emociones e intenta excluir la muerte de su “yo”, ya que si esta es concebida, significaría rechazar la vida. El hombre se enajena en la esperanza de una muerte lejana y la ve como el final de una vida plena donde el ser concluye su paso. Pensar sobre la muerte es insoportable y la idea irrumpe en la razón; sin embargo, el pensar en el suicidio es algo a lo que la gente se enfrenta de inmediato y que ve como una atrocidad.

El fracaso es una amenaza constante contra la existencia, y su inexorabilidad se torna en camino natural hacia la muerte voluntaria como una promesa de terminar con una vida que se desmoronará. El suicidio es exclusivamente humano, busca salvaguardar la dignidad, afirma la libertad y alega por la felicidad. De este modo, el hombre se levanta entre su desgracia y busca su propia muerte para afirmar por última vez su dignidad, mientras sus juicios divergen de los de la sociedad que rechaza siempre el suicidio por motivos de conservación, religiosos y/o éticos, que la psicología ve como un sinsentido que atenta contra la sociedad. El sujeto se encuentra en medio del échec⁶, y le tiene miedo a esta situación, es una atrocidad que no está dispuesto a tolerar, y entonces enfrenta el origen de este miedo convirtiéndose en un hombre valiente bajo la lógica de su vida que le perseguirá hasta el último aliento en medio de la negación a su existencia.

La muerte voluntaria de Werther es absurda, ya que el sujeto en medio de la lógica de su vida se niega así mismo, vence el principio de la esperanza y se

⁶ Término en francés que hace referencia a: tanto como fallo, fracaso.

entrega a un mundo cerrado de melancolía, donde recapitula sus humillaciones y frustraciones, enajenado de la intervención externa que provoca una lucha entre el individuo y sociedad. Werther ahora decide ir en contra de la sociedad en plenitud de su propia soberanía y empieza el proceso de levantar la mano sobre sí mismo:

La decisión de dejar este mundo había tomado cada vez más fuerza en el alma de Werther, por ese tiempo y en tales circunstancias. Desde que regresó junto a Carlota, ésta había sido siempre su intención y esperanza últimas; pero se había dicho que no debía apresurarse, que no debía ser una acción precipitada: con la mejor convicción, quería dar ese paso en la más tranquila resolución que pudiera. (Goethe, 1994, P. 99)

El yo y el cuerpo son uno y a la vez son distintos, el cuerpo es objeto y sujeto al mismo tiempo, unidad y dualidad. El “yo” y el “cuerpo” son destruidos por ellos mismos, el cuerpo y los órganos que lo conforman hacen parte del “mundo exterior” y su relación con el Yo es un misterio en nuestra existencia, nuestra subjetividad. No poseemos el cuerpo, somos el cuerpo y nos sirve como mediador con el mundo, y en la vida cotidiana no nos damos cuenta de su existencia y nos enajenamos de él, poseemos nuestro cuerpo pero no somos él, es un servidor, un criado que se rebela en la enfermedad convirtiéndose en un enemigo.

Según Améry, en la experiencia del Yo, el cuerpo físico juega un papel fundamental como representación de la muerte. En el umbral del suicidio, el Yo entra en un diálogo con su cuerpo para convertirse Uno en la nada, y a ese cuerpo habrá que quererle antes de que se vuelva materia en descomposición, el cuerpo se siente así mismo en el Yo, abandonando su propio proyecto en el mundo:

Yo soy; no seré, pero soy. ¿Soy qué? soy yo. ¿Pero quién soy yo? Yo. (E incluso todo un mundo, que ciertamente carece de futuro y ya ha sido vivido, pero cuyas sombras aparecen todavía, huidizas: un niño en el parque, arrebatado por el frenesí de jugar al escondite; un beso, concedido y dado al joven en la oscuridad de un parque; el coche se aleja de Yellowstone, tras la Roaring Mountain; pero todo aparece ya como lavado y descolorido por el tiempo que lo dejó tras de sí en un abrir y cerrar de ojos) ¿Quién soy yo? El cuerpo, que también se escapa de entre las manos. Con mayor precisión: el rostro, que es cuerpo y a la vez más que eso. La cara

se busca en el espejo cuando alguien va a morir por su propia mano.
(Améry, 1999, P. 75)

El hastío ante el mundo y la claustrofobia, acercan al sujeto al espejo, este niega el mundo y a sí mismo, siente miedo y se ama, se reconoce, se abandona. La muerte se presenta como un acto irreversible y se desenvuelve entre las tinieblas del horror. El horror se da por la presencia del vacío, del enigma del yo, la separación, o por el simple hecho del miedo a la muerte y su naturaleza biológica; pero el sujeto supera el horror y lo atraviesa para llegar a la paz, la disposición de la muerte voluntaria, el hastío de la existencia y el apartamiento del mundo, se puede ver como una teoría especulativa. Freud nos hablará de una *pulsión hacia la muerte* como una acción contraria al instinto de conservación de la vida, es decir, la autodestrucción, la inclinación a la muerte, como una actitud declinatoria de renuncia a la vida y a su sufrimiento: “pero la misteriosa e inexplicable tendencia del organismo a afirmarse en contra del mundo entero desaparece y solo queda el hecho de que el organismo no quiere morir sino a su manera” (Freud, 1974, P. 114). Ante esto, Améry quiere validar en concepto freudiano variando la palabra *pulsión* por la de *inclinación*, la cual, a su modo de ver representa de una mejor forma lo que significa la muerte voluntaria. Para Améry, el concepto *inclinación* representa volver a la tierra que pertenecemos, una renuncia a la vida y al ser, sin la carga accionaria que refleja el concepto *pulsión*, ante esto Améry agrega lo siguiente:

Pero, ¿acaso la base empírica sobre la que se construye semejante especulación no encuentra su máximo punto de referencia en la muerte voluntaria, un acontecimiento activo en sumo grado? Me corto el cuello. Salto desde la plataforma más alta de la Torre Eiffel sobre el macadán de París. Apoyo el frío cañón del revólver sobre mi sien. Acumulo somníferos, escribo cartas de despedida, pongo en marcha mi coche para llegar al lugar donde lanzaré el vehículo y mi persona por el precipicio rocoso con un pequeño movimiento de volante. Anudo la cuerda, aparto el taburete con el pie para quedar así colgando en el vacío y estrangular mis vías respiratorias. O incluso atornillo, tal como el herrero que relata Deshaies, con la mano derecha el tornillo de banco entre cuyas patas descansa mi cabeza, de forma que escucho el ruido que hace el cráneo al quebrarse antes de que todo haya terminado. ¿Acaso todas estas maneras inauditas,

violentas, del levantar la mano sobre uno mismo no son pruebas irrefutables del concepto de *pulsión* frente a mi concepto más suave de *inclinación*? (...) sería ridículo negar el esfuerzo de decisión que nos exige la muerte voluntaria (...) sólo que yo sé (...) la muerte voluntaria es mucho más que un puro acto de autoaniquilación.” (Améry, 1999, P. 81)

Es decir que para Améry el concepto de *pulsión* representaba una acción impulsadora a la autodestrucción mientras que su propio concepto de *inclinación* no era más que un dejarse ir hacia la nada. Este proceso de inclinación del que nos habla Améry, se da después de que el hombre ha perdido sus ganas de vivir y se presta a andar un camino de desfallecimiento en una completa resignación nata en el ser humano que busca la libertad en el no ser.

Cuando el individuo quiere experimentar la muerte voluntaria y se inclina por ella gracias a su hastío de la vida, inmediatamente se alza en la sociedad un interés por ocuparse del ser y existencia del mismo, lo trata como si su vida fuera lo máspreciado, olvidando la indiferencia que mostró a su humanidad cuando este la necesitaba. La sociedad actúa como si le perteneciera el individuo, tanto para producirle sufrimiento, como para preocuparse por su iniciativa fatal. Si hablamos de un individuo cristiano, vemos que su vida le pertenece al Señor que manda su voluntad para ser realizada, si el hombre sufre, es por su propio bien y purificación, entonces este individuo ofrece una vida de sacrificio y sumisión sin tener en cuenta su propia libertad de elección en la muerte voluntaria. La religión exige lo mismo que la sociedad, no conceden al individuo la libertad de decisión y le exigen que obedezca el imperativo divino o humano. Para volver con nuestro protagonista, veamos que a este proceder despótico propio de la sociedad y que se refrenda en el cristianismo, Werther responde horas antes de su suicidio:

¿Y qué es eso de que Alberto sea tu marido? ¡Tu marido! Eso sería para este mundo... y ¿para este mundo sería pecado que yo te quisiera, que yo te arrancara con mis brazos de los suyos? ¿Pecado? Bien, yo me castigo por él; lo he gustado en toda su delicia celeste, este pecado; he absorbido en mi corazón bálsamo y fuerza de vida. Desde este momento eres mía, mía, ¡oh Carlota! ¡Allá voy! Voy a mi Padre y a tu Padre. A este me quejaré y Él me consolará hasta que tú llegues y saldré volando a tu encuentro, y te

abrazaré y quedaré contigo en eterno abrazo a la vista del Infinito. (Goethe, 1994, P. 118)

Y es que las instituciones ven la muerte voluntaria como una enfermedad e intentan reanimar al suicidario rechazando su acto e imponiéndole un sistema de valores que oprimen la humanidad del individuo y lo hace alejarse de la pertenencia de sí mismo. En contraposición a esto, Werther decide que su muerte debe ser voluntaria, libre e individual; y aunque se realice dentro de un contexto social, debe lograrse individualmente, consigo mismo, y la sociedad debe abstenerse de interferir.

Al levantar la mano sobre uno mismo, ocurre en un espacio fenoménico del Yo, donde me hago daño yo mismo. Aquí el individuo se deja seducir por la idea de la muerte, ubicándose en un lugar propio e inalienable, donde él se pertenece a sí mismo en un momento vital y decisivo; va más allá de todo juicio y perdón, es un ser humano con derecho de elección por su vida o por su muerte, que no debe ser cuestionado:

El suicidario puede saber que (...) puede obedecerse a sí mismo, se pertenece a sí mismo, que muere su muerte, su propia muerte, que no necesita esperar de las manos del señor. Está completamente solo con su muerte voluntaria, solo como lo estaría en una muerte *natural*. (Améry, 1999, P. 108)

El individuo se enfrenta con el otro y este se convierte en un infierno que obstaculiza el proyecto del individuo y su subjetividad, lo aniquila juzgándolo y condenándolo a ser de una forma preestablecido. Ese otro forma parte del Yo, ese Yo que desarrolla odios y pasiones, todo lo que el individuo hace o deja de hacer, es referido a ese otro que acompaña al individuo hasta sus últimos instantes y que se convierte en un objeto transcendental. El individuo se representa en el otro, y en el momento de la muerte voluntaria, ese otro desaparece, se aniquila junto a la representación del mundo, un mundo que poseía, que le pertenecía. Su muerte es pues, la causante del final del mundo y de la realidad en su totalidad.

La soledad existencial del Yo, se asume con el determinismo trascendental, donde el individuo se inclina hacia la muerte en medio de un mundo hostil que está configurado a partir del otro, y que revela al Yo como independiente, como un individuo que se pertenece a sí mismo y al mundo que le es propio. El otro causante de la felicidad o miseria del Yo, no compadece al suicidario, mientras que este se reconoce por su decisión y por fin siente que se pertenece.

El hombre no es libre y la muerte voluntaria es un camino hacia la libertad, existe en nosotros una sensación de liberación aunque estemos limitados por las determinaciones que constituyen nuestra existencia. El deseo de libertad es inherente al hombre quien encuentra en él una sensación de satisfacción; la liberación se da por un proceso de continuas liberaciones que, cuando se nos niegan, aparece en nosotros la idea de una existencia insoportable, y son precisamente estos actos de liberación los que constituyen nuestra existencia, ya que son un producto de la condición humana que modifica nuestro pasado y nuestro futuro.

CAPÍTULO 3

AUTONOMÍA Y PLENITUD EN WERTHER

3.1. Werther en Sociedad

Werther es un hombre que se conjuga entre una lucha de individualidad y sociedad, dando como resultado el concepto de otredad⁷:

“Para Bajtin es imposible concebir nuestra propia identidad al margen de la presencia del otro. Somos conscientes de nuestro ser físico y psicológico a través de la percepción y la conciencia de los demás, esto lleva a Bajtin a establecer la absoluta necesidad estética que el ser humano manifiesta por su semejante. La estructura epistolar alegorizaría, por tanto, ese *intenso encuentro* entre el yo y el otro que Bajtin considera imprescindible para alcanzar el autoconocimiento” (Juan-Navarro, 2005, P. 124).

Es decir, que el ser físico y espiritual tiene necesidad de manifestarse por el otro en un encuentro intenso e imprescindible para el autoconocimiento. Werther se comunica en la presencia del otro, realiza una correspondencia desde un yo presente, hacia el otro ausente, que se convierte en una interrelación de discurso amoroso y frustrante: “¡No he de volver nunca en mí! Dondequiera que entro se me presenta una visión que me saca de quicio. ¡Hoy! ¡Oh destino, oh humanidad! (Goethe, 1994, P. 89), exclama un Werther que encuentra obstáculos para su realización y se convierte en la proyección de un deseo insatisfecho que incrementa su angustia existencial.

El carácter aristocrático de Werther se percibe en su discurso, deja entrever indignación y la necesidad de un nuevo orden que desplace las caducas estructuras sociales:

“El de los románticos es un caos que se plasma en un orden propio que no es el orden mecánico, sino gebildetes künstliches Chaos, un caos construido, configurado y expresado artísticamente, conjugando la acción de la inteligencia con el empuje de la fantasía, la razón y la pasión, para desvelar la sustancia de la vida mediante una operación de cálculo, el más

⁷ Concepto que utilizaremos según la concepción de Bajtin, por el cual el individuo adquiere su identidad a través de la presencia del otro.

allá de la reflexión mediante la exhaustivización de la reflexión misma. El caos de los románticos no es, en definitiva, un mero desorden, sino un producto de autorreflexión, que emerge en el seno de una especulación del yo que se mira en el reflejo de sí mismo” (Sánchez, 1993, P. 77)

Con esto Sánchez defiende la idea de que Werther pretende un mundo que refleje el caos de su interioridad, que en ocasiones lo muestra como un hombre que actúa en contradicción a sus ideales, queriendo pertenecer al núcleo social como un acto de renuncia a su yo auténtico:

Este tipo de mentalidad hipocondríaca, melancólica, inactiva de este tipo de sujetos, esa recusación de la actividad (de hecho, hay un momento en el que Werther califica la actividad, literalmente, como yugo que, aunque aparece como crítica a la actividad, burguesas alienante, es precisamente lo que impide romper con dicha actividad y emprender una acción verdaderamente transformadora de la realidad) lo que fundamenta la contradicción de Werther como sujeto y lo que le lleva a la muerte. (Bodas, 2008, P. 88)

Y es así que vemos un Werther que aflora su individualismo y su personalidad antisocial, generando en él, la soledad característica del héroe romántico lo que le provoca depresión. En la siguiente cita, encontramos esta carga ideológica en uno de sus monólogos:

Me resisto a hacer mía tu idea de que me vaya con el Embajador a ***. No me gusta mucho ser un subordinado y todos sabemos que, además, este hombre es muy antipático. A mi madre le gustaría verme en una actividad, dices tú: me has hecho reír. ¿No estoy también activo ahora? Y en el fondo, ¿no es lo mismo que cuente guisantes o lentejas? De todas maneras, en el mundo toda va a parar a ser una basura, y es un loco quien por cuenta ajena se ataree por el dinero o el honor o cualquier otra cosa sin que sea su propia afición ni su propia necesidad. (Goethe, 1994, P. 39)

Esto es una constante afirmación personal que no espera tener respuesta a sus desahogos emocionales.

Ahora bien, el Romanticismo ha sido catalogado como un movimiento subjetivista con tendencias regresivas, y ha sido blanco de prejuicios que lo reducen a categorías y etiquetas falsas que no tienen consideraciones válidas de la verdadera esencia del romanticismo alemán. Se ha dicho que lo que buscaba era

ser compatible con la idea de modernidad, preservando algunas ideas feudalistas bajo un anhelo medieval; pero en realidad el Romanticismo atraviesa estos horizontes con el Bildung⁸ de la actitud ociosa e irresponsable de una práctica interior asocial polarizada en un sentimiento místico. Surge en las expectativas frustradas de la pequeña burguesía en el campo de la política y la economía, originando la concepción del individuo que se siente particularizado por las heridas que le causa la sociedad y empieza un proyecto romantizador gracias a la efectuación poética de la totalidad.

Werther se ubica dentro de este humanismo revolucionario burgués y evidencia la necesidad del despliegue libre, tanto interno como externo, de la personalidad humana, donde busca que el ideal del individuo sea desarrollado en todo sentido; referente a esto, Werther plantea:

Se puede decir mucho a favor de las reglas, aproximadamente lo que se puede decir en alabanza de la sociedad burguesa. Una persona que se forme con arreglo a ellas, nunca producirá nada malo ni de mal gusto, del mismo modo que uno que se deja modelar por las leyes y el decoro, jamás llegará a ser un vecino insoportable ni un malvado notable: pero dígame lo que se quiera, todas las reglas destruyen el verdadero sentimiento de la naturaleza y la auténtica expresión. (Goethe, 1994, P. 14)

Este argumento se contrapone entre la personalidad de la sociedad burguesa y sus absolutismos, orientándose contra la opresión y nulidad de la personalidad del individuo de la época. Werther critica estos absolutismos haciendo un llamamiento comprensivo hacia las fuerzas motoras contradictorias, realizando así un análisis circunstancial:

Y si llegara entonces un burgués, un hombre que esté en un cargo público, y le dijera: ¡Estimado joven! ¡Amar es humano, pero hay que amar humanamente! Distribuya sus horas de descanso dedíquelas a su amada. Eche cuentas de su hacienda, y lo que le sobre de lo indispensable, no le

⁸ Bildung es la posición frente al racionalismo, pragmatismo y antropocentrismo social, se le opone y funda un modelo de formación, donde la verdad en el ser humano se basa en contradicciones y antinomias. “Con la Bildung romántica, la formación se convierte en la experiencia de un sujeto en la búsqueda de sí: la vida misma en tanto que construye o destruye las formas. Por eso, todas las variantes institucionales de la formación, que se definen en una clausura formativa, son remitidas al hecho de que querer abstraerse de la vida, es aún una forma de vida” (Fabre, 2011, P. 223)

he prohibido que lo emplee en algún regalo, pero no con demasiada frecuencia: por ejemplo, el día de su cumpleaños, de su santo, etc. Si obedece a este hombre, habrá un hombre útil, y yo mismo aconsejaría a cualquier príncipe que lo sentara en algún Consejo; pero se acabó su amor, y, si es artista, se acabó su arte. (Goethe, 1994, P. 14)

Esta propuesta goetheana se recibió con gran acogida entre la sociedad europea, donde se hace evidente la contraposición entre personalidad y sociedad. Muestra las inhibiciones sociales inmediatas en el desarrollo del individuo en una exposición de carácter esencial, donde el principal obstáculo de la personalidad humana va a ser la jerarquía estamental feudal, la cual critica junto al orden social establecido. Las instituciones y leyes de la sociedad burguesa no permiten un despliegue completo de la personalidad que se atreve a manifestarse en la realidad, someten al individuo y fragmentan su personalidad, encasillándolo en una caracterización determinada sin vida propia. Werther nos dice:

Me temo que mi Embajador y yo ya no podemos aguantarnos más. Este hombre es completamente insoportable su manera de trabajar y de resolver los asuntos es tan ridícula que no puedo evitar contradecirle y muchas veces hago una cosa según mi opinión y mi manera de ver, lo cual, como es natural, no le parece bien jamás. De esto me ha acusado recientemente a la Corte, y el Ministro me ha dado una reprimenda... ” (Goethe, 1994, p. 81)

Werther ve imposibilitado cualquier intento de acción en medio del humanismo burgués revolucionario, que le impide un despliegue total de su personalidad, lo aliena y fragmenta su ser, entonces intenta un despliegue de su ideal, pero se enfrenta contra la realidad del mundo, que le hace perder su objetivo. La sociedad burguesa le cohibe sus ideales a través de instituciones y normas, lo que Werther manifestaría como “una limitación en que están encerradas las fuerzas activas e investigadoras del hombre” (Goethe, 1994, p. 11).

Werther como sujeto revolucionario, está destinado al fracaso de su ideal, pero su revolución supone una subjetividad inactiva de apatía contra la sociedad moderna que se halla en una contraposición del mundo como armonía, en sus propias palabras lo que ve:

Cómo toda actividad (que) se disipa en procurar saciar las necesidades, que a su vez no tienen ninguna finalidad sino alargar nuestra pobre existencia; y además, que toda la satisfacción que se puede hallar sobre ciertos puntos de lo que tanto se persigue es sólo una resignación soñadora. (Goethe, 1994, p. 11)

Para entender un poco más el contexto social de Werther, Schiller en su libro, *Cartas sobre la educación estética del hombre*, nos habla de dos modos de concebir la poesía: el ingenuo y el sentimental. Aquí, el protagonista es una conjugación de estos dos momentos, donde lo ingenuo se entiende como el *modus operandi* de la mimetización de la verdad sensible, y el sentimental eleva la realidad a un ideal que conmueve. Werther realiza una crítica social ingenua, y a la vez funde el carácter del personaje entre la idea de lo infinito con la realidad de la muerte, creando así un elemento sentimental, lo que vería Schiller como poesía ingenua capaz de ponerse en a cargo de un argumento sentimental. Werther es un hombre de carácter sentimental que se desenvuelve en medio de la desdicha amorosa, su sensibilidad hacia la naturaleza y su contemplación de la realidad que se le enfrenta de una forma contraria, lo que lo lleva a habitar mundos ideales en medio de una sociedad que le evita desplegarse en la totalidad.

Aquí, Werther realiza una crítica social que permea toda la obra en medio de su personalidad hipocondriaca y melancólica que lo lleva a la inactividad negando su carácter de sujeto, llevándolo a la muerte. En este punto, se ve la contradicción entre sujeto e inactividad. Werther se estrella contra un conflicto burgués y renuncia a un compromiso con el mundo, conserva su ideal, su inactividad y egocentrismo se convierten en elementos esenciales para su configuración social. Por esta razón y antes de abandonar su puesto diplomático, Werther declara a su amigo: “Di lo que quieras, pero no puedo quedarme más. ¿Qué hago aquí? El tiempo se me hace muy largo. El Príncipe me retiene todo lo que es posible, y, sin embargo, no me encuentro en mi sitio” (Goethe, 1994, p. 75).

El hombre moderno se encuentra dividido de su esencia y en un completo desamparo trascendental por parte de la sociedad; Werther intenta configurar su totalidad de espíritu respecto al mundo exterior mediante la interioridad exhaustiva de su mundo subjetivo, se constituye como un hombre problemático que se encuentra entre la realidad y el ideal, buscando el camino de su auténtica esencia. Esta búsqueda termina careciendo de sentido, el mundo degrada al sujeto y le implica un carácter demoníaco a su ideal frustrado, que al no verse realizado, se convierte en un poder demoníaco vivo y activo, que se manifiesta en el alma y la acción; esto decepciona y desilusiona a Werther, quien termina renunciando a todo lo que está fuera de él, a la exterioridad del mundo: “muchas veces me acuesto con el deseo, y aun a menudo con la esperanza, de no volver a despertar: y por la mañana abro los ojos, vuelvo a ver el sol y siento mi desdicha” (Goethe, 1994, p. 81). Entonces la vida le impone luchas y fracasos a Werther, quien intenta autoafirmarse constantemente. Se aferra a su ideal sosteniendo así un carácter revolucionario que se ve enmarcado por la frustración en medio de un camino de reconocimiento de sí mismo, que le niega la autorrealización y le atormenta con los demonios creados del fracaso, y lo lleva a la renuncia de sí mismo. Werther no se realiza plenamente y termina aislado.

Nuestro héroe no puede resolver ningún conflicto que se le presenta y por esto se determina en la huida que le caracteriza su muerte, renunció a la afirmación de su ser humano en el mundo. Debe ser un individuo inactivo para salvar su individualidad, ya que su renuncia lo imposibilita para ser con el otro en una acción intersubjetiva, “si miras el ancho mundo, verás muchos para quienes no le fue, muchos para quienes no lo será, con predicaciones o sin ellas, ¿y tiene que serlo, entonces para mí?” (Goethe, 1994, p. 87). Con esto Werther se refiere un mundo que nunca le fue dado por una sociedad que solo buscó permanentemente fragmentarlo a él, queriéndolo convertir en una pieza más de progreso social.

Un individuo en medio de la desolación de la imposibilidad de su amor, crea una desazón que nace de su individualidad e incapacidad de reconocer al otro.

Werther no ama a Carlota, él está enamorado de su sentimiento hacia ella, lo que ella le inspira como una proyección de sí mismo. Es un amor pasivo que se torna insoportable para él cuando entra en consciencia de la negación del alcance de su objetivo, se siente justificado en la renuncia de la acción ante la sociedad, con tal de elevar su ideal hacia la configuración de su mundo interior, mundo que lo absorbe al verse atormentado por el fracaso.

3.2. Werther, individuo y totalidad

3.2.1. Ideas en torno a Fichte

El “yo” se pone a sí mismo, que consiste en considerar la interposición del nexos lógico “si...entonces” al principio de identidad kantiano en el que $A=A$, como algo puesto por el “yo”, es decir, existe un “yo” que piensa la relación entre A y A, un “yo” que pone la identidad lógica y le hace perder su valor originario. Ahora el “yo” es el principio originario que se auto pone, desplazando la identidad lógica de $A=A$, por una identidad dinámica que es condición de sí mismo: $Yo=yo$, lo que quiere decir que el “yo” se construye a sí mismo. Aquí el actuar antecede al ser que no es un concepto originario, sino obtenido como producto de la acción, es decir, un “yo” como auto intuición intelectual en cuanto auto posición, el “yo en sí” el Yo absoluto:

La inteligencia... según el idealismo es por sí misma activa y absoluta, no pasiva, y no es pasiva porque según los postulados idealistas constituye el principio primero y supremo, al cual no le precede nada que pudiese otorgarle un rasgo de pasividad. Por la misma razón, no le corresponde un ser en sentido estricto (no depende de un ser que le sea dado, porque ella es la dadora de ser), una consistencia, porque esto es el resultado de una acción recíproca, y no existe nada y no se puede admitir nada con lo que la inteligencia entre en relación de acción recíproca. Para el idealismo la inteligencia es un “actuar”, y absolutamente nada más. Ni siquiera la podemos llamar algo activo (= un ente activo), porque con tal expresión se alude a algo consistente que posee la propiedad de ser activo. El idealismo, empero, no tienen ningún motivo para admitir una cosa de ese estilo, ya que en su principio no existe nada semejante, y todo lo demás hay que deducirlo de allí. (Reale, 1984, p. 71)

El “yo” opone a sí mismo un “no yo”, acá vemos una contraposición al primer principio. Para seguir con el ejemplo de la lógica formal, pensemos la siguiente proposición: “A no es = no A”, acá tenemos la posición de A y su oposición no A; Fichte nos dirá que estas posiciones son actos que presuponen la identidad del “yo” cuando se opone a algo distinto de sí. Aquí el “no yo” es simplemente algo distinto al “yo”, pero que se encuentra en su mismo interior, porque no existe nada pensable fuera del “yo”.

La limitación recíproca y la oposición en el “yo” entre el “yo” limitado y el “no yo” limitado. Este principio se puede explicar en la delimitación recíproca entre el “yo” y el “no yo”, así: “el “yo” opone el “yo” divisible, en el “yo”, un “no yo” divisible” (Reale, 1984, P. 72), lo que quiere decir que el “yo” y el “no yo” se encuentran limitados y se ubican en el mismo espacio en el Yo, donde se determinan y se configuran a sí mismos.

En Fichte, el sujeto no puede considerar al objeto fuera de sí mismo, ya que en el “yo”, la imaginación es la que crea los objetos, esto es, una actividad infinita e inconsciente para producir cosas que aparecen como diferentes a nosotros, pero que en realidad no están afuera porque derivan del “yo”. Al revelarse la autoconsciencia en el ser, el sujeto identifica y determina al objeto, el “no yo” actúa en contraposición del “yo”; entonces el “yo” realiza un esfuerzo necesario para la emancipación de su libertad, es decir, busca alejarse de la oposición que le ejerce el “no yo”.

El “yo” pone al “no yo” para que se pueda realizar en él la libertad, lo que resulta una actividad infinita entre el mundo inteligible y el mundo sensible, donde el “yo” es el principio absoluto de todo. A continuación se describe de una forma más detallada lo expuesto:

En el resultado de nuestra indagación tampoco hay que olvidar esto: la intuición intelectual, de la que partimos, no es posible sin una intuición sensible, y esta última no es posible sin un sentimiento. Se nos entendería de un modo por completo erróneo y se invertiría además el sentido y la intención principal de nuestro sistema, si se nos atribuyese la afirmación opuesta. Empero, la última (intuición) tampoco es posible sin la primera. No puedo ser para mí sin ser algo, y esto sólo lo soy en el mundo sensible. Pero tampoco puedo ser para mí sin ser yo, y éste (yo) únicamente lo soy

en el mundo inteligible, que se desvela ante mis ojos a través de la intuición intelectual. El punto de unión entre ambos mundos se encuentra en esto: sólo en virtud de una actividad absoluta espontánea, como consecuencia de un concepto, son para mí aquello que yo soy en el primer mundo. Nuestra existencia en el mundo inteligible es la ley moral, y nuestra existencia en el mundo sensible es la acción real: el punto de unión entre los dos mundos es la libertad, que es el poder absoluto de determinar la segunda a través de la primera. (Reale, 1984, p. 74)

Ahora bien, la inactividad hace que el hombre sea concebido desde un plano de objeto, lo que es una negación de su esencia, que encuentra en su propia conciencia el *ser* y el *saber* ligados el uno con el otro. En la conciencia, el hombre se puede llamar “yo” a sí mismo y solo allí puede ir en búsqueda de la totalidad, donde se manifiesta el ser: “Sólo así se puede defender el “Uno y Todo”, pero no como Espinoza, donde se pierde el “Uno” cuando se llega al “Todo”, y el “Todo” cuando se tiene el “Uno” (Reale, 1984, p. 77).

Los románticos encontraron en Fichte el concepto de lo infinito y el predominio del “yo” a través de la reducción del “no yo”, lo que realzaba la proyección del individuo hacia la libertad como único propósito del hombre; la armonización entre el “Uno” y el “Todo” para determinar lo que es el sujeto y describir su importancia en términos de totalidad, donde podemos evidenciar la forma y el orden de la unidad. La totalidad tiene el valor originario que se da por sí mismo, donde se encuentra la multiplicidad del “yo”, ya que es propio del “yo” razonar, desear y percibir. Ante esto Werther anota: “Delante de mi alma se ha retirado como un telón, y el escenario de la vida infinita se transforma ante mí en el abismo de la tumba abierta eternamente” (Goethe, 1994, p. 51).

¿Qué es el “Uno” entonces? Es el primero de los seres, el Bien, un motor que engendra todas las cosas sin serlas. No tiene cualidad ni cantidad, no es alma ni inteligencia, no está en movimiento ni en reposo, ni en un lugar o tiempo. El “Uno” permanece en sí mismo y lleva consigo el problema de la dificultad de su entendimiento, ya que al ser unidad no se puede llegar a él por medio de la ciencia, que es una práctica discursiva y por lo tanto, llena de multiplicidad.

Entonces, el romántico se sirvió de la contemplación como ruta para llegar al Uno, se basó en su propia instrucción racional donde la potencia del estado originario de los seres será la llave para acceder al “Uno”, que carece de accidente y es en sí mismo suficiencia, independencia y perfección; es causa de las demás cosas y es el Bien encima de todos los bienes, se explica por sí mismo, pero no es pensamiento porque no tiene ignorancia alguna en sí y está presente a quien quiera llegar a él.

3.2.2. Exaltación de Werther

Pero en este concepto clasicista no vemos ninguna afirmación de la individualidad. Aunque el Renacimiento ubica al hombre en el mundo, vemos que su reconocimiento se da de otra forma, es el hombre familiar en un universo antropocéntrico, donde el hombre se realiza en la naturaleza como género humano pero no en su individualismo.

Lo novedoso con el romanticismo y en nuestro caso en particular, es que aquí vemos al sujeto libre, un Werther que se puede considerar como un hombre irrepetible que afirma su individualismo en rebeldía y rechazo de la cultura y valores imperantes e incuestionables de la sociedad, esta característica es la que llamamos la defensa del individualismo.

Werther se convierte en un fragmento de su propio ser, es creado y creador, se aventura en búsqueda de la libertad; crece serena y armónicamente según una finalidad immanente que le acompaña, se maneja es su devenir y se sublima en el dolor de su finitud para reivindicar el caos y darle orden al mismo tiempo:

Mi corazón queda sepultado por la fuerza devoradora que yace escondida en el conjunto de la naturaleza, que no ha formado nada, ni a lo más próximo, ni a sí misma y así doy vueltas angustiado. El cielo y la tierra y sus fuerzas creativas me rodean: no veo nada sino una infinitud que devora y rumia eternamente. (Goethe, 1994, p. 52)

Se rebela contra la institucionalización del amor, rechaza su orden y convenciones sociales, en las que coexisten las relaciones subordinadas a la posesión en medio

de los prejuicios; se rebela también contra la razón que instrumentaliza al hombre y al mundo. El Conde ha dicho de Werther: “para los asuntos del mundo, tenía buena intención, que tenía facilidad para trabajar y manejaba bien la pluma, pero que, en el fondo, le faltaba auténtico saber, como a todos los aficionados de la literatura” (Goethe, 1994, p. 62). A lo que Werther va responder: “Pero no me hizo ningún efecto: desprecié a aquel hombre que podía pensar y comportarse así, le hice frente y combatí con bastante firmeza” (Goethe, 1994, p. 62).

En este punto, ya encontramos a un Werther que está inmerso en su mundo propio y caótico que desestabiliza el orden establecido. Esto lo logra a través del amor imposible que pone fin a la estructura de lo común, destruye la rigidez gracias a su acción liberadora del caos originario; irrumpe contra las leyes de la razón confundiendo la naturaleza humana gracias a la fantasía que subyace en el caos originario, se expresa como una fuerza progresiva universal que solo puede ser contemplada desde una espiritualidad sensible, que nos ubica entre la bella confusión de la fantasía, donde se recuerda a dioses antiguos bajo una nueva concepción moderna. La razón no puede entender este caos fantástico de un héroe que actúa en concordancia al universo, al equilibrio armónico, para dar lugar a su despliegue particular. Pero el caos de Werther también conlleva cierto orden, un orden que sale de los límites de la mecánica de la razón instrumental. Es el orden de un caos que se configura y se expresa en lo artístico, entremezclando fantasía, pasión y razón en medio de la autorreflexión especulativa del Yo en su inmensidad, libre, potenciado y formado en la constitución humana. Werther se pregunta: ¿y por qué habría de avergonzarme en el terrible momento en que mi persona entera vacila entre el ser y la nada, cuando el pasado fulgura como un relámpago sobre el oscuro abismo del porvenir y todo se hunde a mi alrededor, y el mundo sucumbe conmigo? (Goethe, 1994, p. 87)

Ahora, si entendemos a Werther como una contradicción de la subjetividad al buscar su propia exaltación en su auto aniquilación, veremos entonces la aparición de un Yo absoluto que abarca la totalidad desde una comprensión que se logra a través de la exterioridad, es decir, del no-Yo. El mundo exterior no descifra al Yo de Werther, haciendo necesaria la aparición de una razón más profunda en la que

se pueda realizar una revolución interior que no busque organizar el caos, sino que lo transfigure en un espíritu poético que no pueda ser encasillado, un espíritu que se expanda y supere los límites de la finitud en búsqueda de la universalidad. La poesía logra esta realidad cuando combina las posibilidades semánticas alejándolas de las normas racionales. Es así como en *el Werther* se propone una posición poética y pasional para el ser humano como un principio común que logre armonizar la vida, poetizándola por medio del arte, esta visión irrumpe contra los modelos clasicistas de visiones pragmáticas que imperan en Europa.

La acción liberadora del espíritu wertheriano que se tiene como fin a sí mismo, escapa de la lógica mediática del utilitarismo, que aliena la libertad donde el individuo es reducido a un simple eslabón que engrana la existencia banal de la sociedad; es un romanticismo que se escapa a la interpretación productiva de la vida y se sustrae en el propio individuo en su singularidad, a veces ociosa en protesta de el utilitarismo, para constituirse en una humanidad en la que el principal deber es el desarrollo de la propia individualidad como una suprema virtud que posee un carácter de egoísmo divino como fin último.

Werther crea su propia historia, se emancipa de la opresión social y eleva su ser hacia la totalidad tomando como reflejo propio el mundo de lo infinito, cree en la magia que este le puede brindar y con ella forja la poesía de lo misterioso. Amplía el horizonte de lo finito, y para esto rompe con el Yo empírico finito que se queda en una existencia mediocre y lo convierte en un individuo de sistemas complejos de variados sujetos, entonces aprende a circular libremente en lo indeterminado de su Yo. Se convierte en un mundo de mundos, que al verse universalizado completamente, logra su verdadera esencia que consiste en la totalidad, donde podrá moverse libre. Werther abraza la totalidad, se puede comprender como un caos de lo finito y lo infinito, un sistema de ambas esencias que en ningún caso se puede llamar arbitrario, ya que las posibilidades del sujeto universalizado se encuentra fuera de toda finalidad.

El caos de la infinitud en Werther se mantiene como una gran fuerza en el amor, en medio de una totalidad abierta que lleva a una inagotable persecución de su

esencia, donde se puede alcanzar solamente en la ebriedad o la muerte, donde se revelan la creación y la eternidad. Werther tendrá que realizar un sacrificio entre lo finito y lo infinito, llegando así a la ironía en la que los fragmentos momentáneos de vida sean absolutizados y considerados como definitivos en el estado de su ánimo que se eleva sobre lo limitado en una práctica revolucionaria donde la interioridad se universaliza.

La autolimitación del Yo en Werther se supera cuando este logra un potencial universal en medio de la vida y la muerte, lo que crea una tensión que logra superar la limitación y logra la plenitud del individuo en un infinito devenir ideal. Werther se convierte en un espíritu universal que lo abraza todo, se abre a la pluralidad y no pertenece a nada, recorre un camino de contradicciones, habita en todas partes, no posee fronteras, entiende su existencia como una fuerza progresiva de afirmación que conquista la libertad, renueva el mundo en medio de su eterna juventud.

Werther se rebelará contra esta posición que produce un desgarramiento entre el individuo y la totalidad, que excluye y aísla al individuo, fragmentándolo. Quiere ser parte de la totalidad haciendo parte de la naturaleza que todo lo une, propone la integración de lo absoluto y la dinámica vital de lo infinito, acercándose a la generalidad, y abstrayendo lo esencial y significativo de la vida, es decir, el ideal de lo real creado por la armonía íntima entre lo finito y lo infinito.

Esta idea absoluta pone a las contradicciones del mundo como una cosmovisión superada a través del sistema filosófico, donde el espíritu se interioriza en el sentimiento que le brinda la experiencia estética enmarcada en un saber absoluto. Aquí Goethe encuentra un entusiasmo estético que argumenta bajo los supuestos de sus estudios científicos sobre la naturaleza, como una dialéctica del todo y la parte recíproca, donde se vive siempre en una unidad creada por las partes que forman el todo, una naturaleza omniviviente. Entonces el Werther se encuentra con la utopía que se extrae de la integración de la individualidad con el todo, que se materializa en un Yo consciente que es temporal y que necesita de su

afirmación para incluirse libre en la totalidad que le quita particularidad, esto se convierte en una contradicción para el individuo.

La filosofía y la poesía actúan como fuerzas integradoras, mientras la ciencia establece un principio de causalidad conocido por la episteme de la causa y el efecto, donde los objetos se analizan separadamente y se llega a saberes aislados:

Mientras que en el entendimiento discursivo el principio de causalidad determina el orden de los objetos de la naturaleza a partir, no del todo, sino del funcionamiento de las partes que la explican causalmente, en el entendimiento intuitivo o intuición intelectual el principio teleológico aplicado a la comprensión de los objetos de la naturaleza los comprende no como partes aisladas, sino como verdaderos cuerpos que tienen vida y que además mantienen un vínculo final y no causal con todo orgánico que más que explicarlas, las fundamenta. (Ballen, 2005, p. 172)

El funcionamiento de los objetos que se estudia aisladamente bajo el principio de causalidad determina la parte, mientras el entendimiento intuitivo busca un principio teleológico, comprendiendo al objeto en relación con la naturaleza, con el todo en una determinación final y no causal. Werther toma el todo como arquetipo del entendimiento humano al que se llega por causalidad final, donde se asume el acto cognitivo por medio de la intuición, que exige la armonía simbólica que una la parte con el todo; una actitud de vida que se salga de la observación y la meditación científica, reclama su voluntad para saber y actuar bajo prejuicios que le son dados de los impulsos vitales que le llevan a la verdad o a la falsedad, una voluntad que no se limita a la razón, una voluntad que se rige por el telos para poder conocer:

Esta última forma de inteligencia en la que las partes no son posibles sin antes haber una intuición del todo, se denomina prototípico o arquetípico. Si el entendimiento humano quiere tomar el todo como fundamento de las partes, no será el modo del entendimiento discursivo el que le permitirá hacer este paso, sino una representación que articule en un todo tanto el enlace de las partes al todo como el fundamento de estas últimas, y este modo de enlace se denomina causalidad final. (Ballen, 2005, p. 172)

Goethe ofrece una cosmovisión del conocimiento científico donde la naturaleza y la estética son los fines, y donde la correspondencia con el mundo es necesaria para considerar la totalidad y así salir de todo mecanicismo que busca dominar la naturaleza.

Este proyecto estético de idealismo se funda en la humanización de una autonomía disciplinar, para que esta no caiga en una racionalidad positiva y así pueda representar al individuo frente al mundo en un proceso de causalidad final, para así comprender la realidad de la cosmovisión organicista de Goethe, la que se encuentra en desacuerdo con la ciencia mecánica de la naturaleza y que simboliza una única y auténtica acción en el proceder del individuo y su respectiva comunión con el Absoluto.

“El desconsuelo y el hastío fueron echando raíces cada vez más profundas en el alma de Werther, entrelazándose firmemente hasta invadir poco a poco todo su ánimo. La armonía de su espíritu quedó completamente destruida; un calor interior y una vehemencia que agitaba y traspasaba todas las potencias de su naturaleza, dio lugar a los más encontrados efectos, y por fin sólo le dejó un desfallecimiento, contra el cual se irguió para luchar aún más angustiosamente que como había luchado hasta entonces con sus restantes males. La congoja de su corazón consumió las demás fuerzas de su espíritu, su viveza, su grandeza, y se volvió melancólico en su compañía, cada vez más infeliz y cada vez más injusto cuanto más desdichado se sentía” (Goethe, 1994, p. 95)

CONCLUSIÓN

El presente trabajo nos permitió reconocer que al elegir un modelo universal de hombre y mezclarlo con la sociedad sin pensar en sus principios individuales, todo es arbitrario, se prescindieron de la subjetividad sin objetar nada; pero la naturaleza actúa conforme sus propias leyes, así como debe comportarse el genio, prescribiéndose a sus propios ideales. Es decir que la originalidad individual cobra validez en la actitud del verdadero artista que no obedece a las leyes de la tradición, sino a las de su propio genio.

Werther se determina como un hombre que se siente avanzado a su tiempo y que prefiere una existencia marginal. Su espíritu trágico e individualismo se corresponden a la posición de incompreensión ante la sociedad, donde la actitud espiritual se caracteriza por un pesimismo melancólico, hundido en las raíces del desengaño del mundo, basado en la convicción de una imposible realización humana. Werther define su Yo en la libertad, en la que deja entrever las verdades que orientan su vida a pesar que no se puedan indicar como cosas verdaderas. La separación y la pérdida predominan en él, nunca encuentra la alegría y la paz, sino lo contrario, un conflicto en continua tensión con la naturaleza y sociedad, limitando su libertad a una nostalgia infinita de la que emerge su individualidad en una constante obsesión con la libertad y los misterios de su personalidad. Werther explora un sentimiento exacerbado de su tragedia en la imposibilidad de la realización del amor e imposibilidad de hallarse en un mundo circundante sin poder adecuarse a este y experimentando la incapacidad de resolver sus problemas en un contexto social.

Y es que Goethe ubica al individuo en los campos de lo infinito, describe a un hombre que penetra en la naturaleza y que se deja fundir con ella para la consecución de lo eterno; esto es un individualismo que tiene como propósito la conjunción entre hombre y naturaleza que le brinda la categoría divina, donde encuentra libertad, belleza y verdad; esta especie de panteísmo hace triunfar el individualismo de Werther frente a la sociedad, donde resurge como un hombre

divino que se convierte plenamente en la realización de su Yo. La voluntad de la propia aniquilación se conjuga entre la lucidez y la nobleza de su propio heroísmo, que hace perceptible la posesión en la autodestrucción en un acto lógico, gozoso y ceremonial. Es un triunfo de la vida en la muerte sobre la mortalidad, es la perpetuidad en lo ilimitado, es la perfección.

Para la filosofía, el suicidio ha sido un tema controversial del cual la mayoría de los pensadores toman posición de rechazo, pero también existen argumentos seculares para las diferentes interpretaciones del suicidio, la naturaleza humana que tiende a la autodestrucción, hecho constatable en todas las épocas y sociedades, ha demostrado que la muerte voluntaria se pronuncia mucho más definida en hombres que sufren grandes desgracias y solo ven en este acto irreversible el alivio a sus penas. Así pues, vemos que entre esta minoría de pensadores que validan el suicidio y que encuentran cierta legalidad en este acto, lo justifican aportando categorías conceptuales, entre los cuales encontramos a Jean Améry, quien hace su defensa el concepto de *inclinación de la muerte*.

Para el suicidante, la muerte se ofrece como un sueño en que se libera y se presentan:

Los impulsos razonables (...) que favorecen las capacidades humanas. Toda vez que una enfermedad incurable o un dolor insoportable, o hasta la ausencia de los medios mínimos de subsistencia vuelven imposible continuar con una "vida natural", entendida como aquella que se ajusta a un normal funcionamiento biológico, entonces el acto apropiado es, precisamente la muerte voluntaria. (Cohen, 2007, p. 153)

Este argumento lo podemos ajustar a los sufrimientos de nuestro protagonista, Werther, y entender la razón que lo llevó a su elección de abandonar la vida y exaltar su libertad interior, en una decisión genuina que animó el sentido de su propia existencia. Una vida ha despojado a Werther de su identidad, de sus causas grandes y de la belleza, entonces solo encuentra la reconciliación con esta en la muerte y su comunión certera con el infinito. El suicidio es pues, el remedio a la infelicidad en un acto superior de libertad individual del alma, donde Werther

experimenta la felicidad romántica de poseer en la destrucción, así, el suicidio se evidencia como el acto extremo de su heroísmo que se forja en la aniquilación última, una tensión contradictoria de dolor y gozo.

Para el hombre ilustrado, el suicida se encontraba enajenado y por lo tanto su acción no era libre ni consciente, lo que se contrapuso a los argumentos de los románticos que vieron en el suicidio la solución al miedo a la muerte, allí podían alcanzar el heroísmo enfatizando su individualidad y libertad, transgrediendo e irrumpiendo contra las normas establecidas. El suicidio era un acto que engrandecía al hombre, era un concepto que generaba debates y discusiones alrededor desde la Ilustración hasta el Romanticismo, lo que generó nuevas perspectivas para comprender al hombre y su relación con la Naturaleza en la trascendencia de sus actos.

La melancolía se desenvuelve en el Werther como un fenómeno existencial donde el individuo no alcanza a llegar a una plenitud interior de su potencia vivencial más allá de una actitud psicológica que se manifiesta en la obra, vida y personalidad del hombre. La melancolía se presenta como un punto crítico de la vida humana que desencadena sentimientos, que en un plano romántico llevan al suicidio.

Así mismo, la imposibilidad de su realización humana, junto con los sentimientos de tristeza y melancolía que lo absorben al vivir en sociedad, terminan marginándolo en la infelicidad y dan como resultado su suicidio. Teniendo en cuenta que el sentido de la existencia es aquel que da el individuo para sí, cuando este sentido se pierde, la inclinación hacia la muerte como una manifestación de desprendimiento de la melancolía que produce una existencia vacía, convierte al suicidio en un acto de amor hacia la vida.

Cuando Werther sufre desarraigo por su yo y por su cuerpo, se traslada a un plano vivencial donde se evidencia una interacción con la cotidianidad en donde es enajenado de la sociedad y el dolor se convierte en su enemigo, su hastío del mundo redundante y la poca importancia hacia lo que presenta la vida se transforma en descripciones fenomenológicas que atañen la cuestión del suicidio en una

introspección reflexiva propia, donde su subjetivismo de la vida le lleva a cometer el acto en cuestión.

La liberación es de alguna forma una anulación de nuestro ser, niega algún estado que nos oprime, es destrucción. En este sentido, vemos que el suicidio de Werther es la última confirmación de liberación real que pudo realizar, se liberó por siempre al modificar su ser; se liberó de la angustia al resolver auto aniquilarse en el acto que le prometía libertad, lo que no era más que una afirmación de dignidad y humanidad en una dimensión extrema de un suceso final, entonces, en el Werther podemos ver como este, eligiendo la muerte voluntaria para su liberación, escogió libremente *no-ser*, “el que se eleva sobre su corazón oprimido, y, para liberarse de su conciencia devoradora y acabar con los padecimientos de su alma...” (Goethe, 1994, p. 91).

Como un acto irreversible y sin escapatoria, tomó su decisión en medio de una ruptura con su continuidad en medio de un salto al vacío en el que él ya no existirá más. Se resignó de su destino, mientras recorría su camino hacia la libertad, el cual transitó liberándose de las cargas que le hacían pesada su vida, se entregó y eliminó al otro, en medio de las contradicciones que esto puede generar. En medio de una vida que se tornó ilógica y mentirosa, Werther perdió su rostro para acceder a su plenitud, a un éxtasis libertario producto de su suicidio.

Werther es el producto del sentimiento, no del mundo social. Su introspección al mundo esencial, como un individuo en su intimidad y plena consciencia lo alejan de la sociedad; su melancolía se entiende como una autoexploración necesaria que niega la acción y se configura en el tedio, negando al otro y su subjetividad. Werther no se dejó alienar para no perder su propio yo y para poder encontrar armonía con el todo.

Para el romántico es muy importante encontrar la unidad entre su ser y el todo, y para alcanzar esa unidad, significaba que el alma debía olvidar toda noción y objeto externo, y volverse hacia sí misma donde se hallaba; para esto se debía

abandonar la alteridad, dejar de ser otro para ser el “yo” y así fundirse en el “Uno” para encontrar el fin y el descanso de su finitud, concibiendo así, belleza, justicia, virtud, libertad y verdad.

Nuestro héroe busca armonizar los intereses individuales con el todo, afirmando así la autonomía y reforzándola en el Yo, donde todo espíritu se expresa en su infinita libertad atravesando la objetividad, todo en una representación de sí mismo como un individuo libre y autoconsciente para que pueda elevarse sobre lo natural; como un rebelde que se preocupa por su existencia resaltando su subjetividad, su forma de ser, sentir y su espiritualidad, manteniendo la particularidad que funda la unidad, la exaltación donde siempre saldrá a flote la subjetividad del individuo en busca del absoluto.

Werther es una mezcla de pasiones y placeres sensibles que le permiten animar su espíritu, y en él se ven reflejadas las creaciones artísticas, los sentimientos, las desgracias, los sufrimientos y demás sensibilidades del hombre mediante la embriaguez dionisiaca, donde nuestro protagonista busca llegar a ser Uno con la naturaleza y así obtener un conocimiento mítico como conciencia poética, que se salga de todo saber estandarizado y descubra sus raíces más íntimas, en lo más interno de su ser, para que pueda concebir un universo en que pueda experimentar sus pasiones extremas y reconciliarse con el universo mediante el acto sublime de darse su propia muerte.

BIBLIOGRAFÍA

Améry, J. (1999). *Levantar la mano sobre uno mismo. Discurso sobre la muerte voluntaria*. Valencia: Pre-textos.

Argullol, R. (1999). *El héroe y el único: el espíritu trágico del romanticismo*. Bogotá: Taurus.

Ballen, J. (2005). *Del yo pienso al yo soy: una contradicción del espíritu romántico*. Cuadernos de filosofía latinoamericana. Vol. 26, N° 92, págs. 165 - 182

Bodas, L. (2008). *El sujeto Burgués en el Werther de Goethe: Inactividad y fracaso*. Eidos. N° 8, págs. 82 – 102.

Cohen, D. (2007). *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Cuevas, F. (2006). *Una revisión de las idas en torno al suicidio en el tránsito de la ilustración al Romanticismo*. Cuadernos de ilustración y romanticismo. N° 14, págs. 11 - 41.

Fabre, M. (2011). *Experiencia y formación: la Bildung*. Revista Educación y Pedagogía. Vol. 23, N° 59, págs. 215-225.

Flecha, F. (2007) *Categorías ideológicas y estéticas del romanticismo*. Tomado de <http://site.ebrary.com/lib/bibliounisallesp/Doc?id=10165740&ppg=1> el 27 de Octubre de 2011

Freud, S. (1974) *Más allá del principio del placer*. Madrid: Alianza Editorial.

Friedenthal, R. (1965). *His life and times*. Londres: Weidenfeld and Nicholson.

Gabennesch, M. (1998). *When promises fail: a theory of temporal fluctuations in suicide*. Social Forces (67), 129–145.

Goethe, J.W. (1994). *Los sufrimientos del joven Werther*. Barcelona: RBA.

Juan-Navarro, S. (2005). *Las epístolas del abismo de Ugo Foscolo: Tres modalidades del suicidio discursivo en Ultime Lettere di Jacopo Ortis*. Acta Literaria. N° 30, págs. 121-142.

Lukács, G. (1968). *Goethe y su época*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.

Martino, J. (2009). *Romanticismo*. Tomado de <http://site.ebrary.com/lib/bibliounisallesp/Doc?id=10317168&ppg=1> el 27 de Octubre de 2011

Montesquieu, C. (1986). *Cartas Persas*. Madrid: Tecnos.

Reale, G. y Antiseri, D. (1984). *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Barcelona: Herder.

Safranski, R. (1991). *Schiller o la invención del idealismo*. Barcelona: Tusquets Editores.

Safranski, R. (1991). *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.

Sánchez, D. (1993). *El Concepto de "Bildung" en el primer romanticismo alemán*. Revista de Filosofía. N° 7, págs. 73 – 88.

Schiller, F. (2005). *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Barcelona: Anthropos.